

CORMAC BURKE

LUCES Y SOMBRAS DEL AMOR

Una reflexión imprescindible sobre la mirada de los hijos
y la fragilidad de las "segundas oportunidades"

RIALP

CORMAC BURKE

LUCES Y SOMBRAS
DEL AMOR

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

ÍNDICE

PORTADILLA

ÍNDICE

1. SEXUALIDAD E IDENTIDAD SEXUAL

CADA SEXO, IMAGEN PARCIAL DE DIOS

LA SEXUALIDAD NO ES SOLO PARA EL MATRIMONIO

RELACIONES SEXUALMENTE CARACTERIZADAS

2. ¿SEXO ANTES DEL MATRIMONIO?

LA AMISTAD

LA AMISTAD EN LA NIÑEZ Y EN LA ADOLESCENCIA

AMISTAD Y ATRACCIÓN SEXUAL

AMOR Y SEXO

ALGUNAS DISTINCIONES

ATRACCIÓN Y POSESIÓN

UNIÓN SEXUAL, ¿EXPRESIÓN NATURAL DEL AMOR SEXUAL?

MÁS SOBRE LA RELACIÓN ENTRE EL AMOR Y EL RESPETO

EL «DAR» EXCLUYE EL PRESTAR O EL PEDIR PRESTADO CASUALES

PARA DARSE, HAY QUE POSEERSE

COMPROMISOS «DE PRUEBA». MIEDO AL COMPROMISO

LA CONCUPISCENCIA

EL «PROYECTO FAMILIAR»

3. ¿QUÉ PASA SI ME CASO?

¿A QUÉ SE COMPROMETEN QUIENES SE CASAN?

PERSONALISMO MATRIMONIAL

¿QUÉ QUIERE DIOS PARA LAS PERSONAS CASADAS?

CÓMO LA IGLESIA HA PRESENTADO LOS FINES DEL MATRIMONIO DADOS POR DIOS

EL «BIEN DE LOS ESPOSOS» COMO UN FIN DEL MATRIMONIO

INSTINTO SEXUAL: INSTINTO CONYUGAL

AMOR CONYUGAL Y DEFECTOS MARITALES

¿ES DIFÍCIL LOGRAR EL «BIEN DE LOS CÓNYUGES»?

MATRIMONIOS «UNISEXO»

4. ¿POR QUÉ NO FUNCIONA EL MATRIMONIO HOY?

¿PUEDE SER «NATURAL» QUE EL MATRIMONIO SALGA MAL?

LO QUE SOLO DIOS PUEDE DAR

¿QUÉ ES MÁS IMPORTANTE, DAR O RECIBIR?

LOS HIJOS COMO UNA OPCIÓN «EXTRA»

DEL AMOR CONYUGAL AL AMOR FAMILIAR

FELICIDAD Y CÁLCULO

EL PROYECTO MÁS GRANDE DEL AMOR: LOS HIJOS

TODO MATRIMONIO PASA POR UNA CRISIS

CÓMO PERSEVERAR EN EL AMOR

MEJORAR POR EL SACRIFICIO

EL MATRIMONIO NECESITA DEL SACRIFICIO

EL EGOÍSMO COMPARTIDO NO LLEVA A LA FELICIDAD

¿CUÁNDO SE ADQUIERE LA MADUREZ SUFICIENTE PARA FORMAR UNA FAMILIA?

¿QUIÉN ES EL EXPERTO EN LA PLANIFICACIÓN FAMILIAR?

¿EN QUÉ CONSISTE LA AUTO-REALIZACIÓN?

PRESIONES DICTATORIALES

5. DIVORCIO: LOS ESPOSOS

EL DIVORCIO ENGENDRA DIVORCIO

INDISOLUBILIDAD Y FELICIDAD

AÑADIR CONDICIONES AL AMOR

LOS CELOS

HACER REVIVIR EL AMOR

¿UNIONES SIN SENTIDO?

6. DIVORCIO: LOS HIJOS

UN CORAZÓN DIVIDIDO EN TORNO A LA FELICIDAD

TODO EL AMOR QUE MIS HIJOS NECESITAN

LECCIONES PARA LOS HIJOS

7. AMOR CONYUGAL Y CONTRACEPCIÓN

EL ACTO CONYUGAL COMO ACTO DE UNIÓN

AMOR SEXUAL: CONOCIMIENTO SEXUAL

SEXUALIDAD PROCREATIVA Y AUTO-REALIZACIÓN

ALGO MÁS ACERCA DEL MATRIMONIO. SAME-SEX

8. EL VALOR DE LOS HIJOS

LA EXCLUSIÓN NO ES NATURAL

DESEAR UN VÍNCULO EXCLUSIVO Y PERMANENTE ES NATURAL

PRIVARSE DE UN BIEN

¿AUTO-AFIRMACIÓN? ¿AUTO-PERPETUACIÓN?

AUSENCIAS PROGRAMADAS

EDUCACIÓN Y VALORES

ORDEN DE VALORES

9. AMOR, FAMILIA Y SOCIEDAD

LA FAMILIA, ESCUELA DE AMOR PARA LOS HIJOS

LA FAMILIA, ESCUELA DE AMOR PARA LOS ESPOSOS

ALIANZA, COMUNIÓN, HIJOS

VOCACIÓN DE SANTIDAD

MATRIMONIO, INSTITUCIÓN Y VOCACIÓN

CRÉDITOS

1. SEXUALIDAD E IDENTIDAD SEXUAL

«¿Por qué no puede la mujer parecerse más al hombre?», reclamaba Henry Higgins en *My Fair Lady*. En la actualidad no podría darse el lujo de expresarse de esa manera sin que algunas personas (no necesariamente feministas) le replicaran: «¿Y por qué no puede el hombre asemejarse más a la mujer?». Es posible que otros no solo rechazaran ambas quejas sino que incluso pusieran en tela de juicio la importancia de que un hombre tenga que parecer hombre, o una mujer parecer mujer. En efecto, si se les preguntara lo que significa ser hombre o ser mujer, se verían en un aprieto para explicarlo, independientemente de las diferencias corporales elementales. De hecho, estamos viviendo un período histórico en el que la diferenciación sexual está volviéndose confusa, el carácter sexual resulta poco valioso y peligra su propia identidad.

Resulta difícil hablar de sexo o de roles sexuales sin parecer defensor de alguno de los dos, en oposición al otro[1]. Contemplamos un proceso de «desexualización». La sexualidad se reduce a una relación física que ni siquiera es verdaderamente sexual. Paradójicamente, ese proceso es particularmente evidente en el área de la «educación sexual». Centrada en informar sobre hechos biológicos, se ha convertido en cierto sentido en una educación subbiológica, al proponer a los jóvenes modos de eludir las consecuencias biológicas naturales. La educación sexual «liberada de valores» no ayuda a comprender el «por qué y el para qué» del sexo. No sabe distinguirlo de la sexualidad animal ni descubrir valores que trasciendan su uso físico o fisiológico. Tampoco existe una verdadera psicología del sexo.

La humanización de la persona se encuentra severamente limitada si no se aprende a distinguir y apreciar la masculinidad y la feminidad. En cuanto que socava el crecimiento del individuo, el unisexismo produce efectos negativos. Para ser verdaderamente humana, la sociedad requiere tanto de hombres como de mujeres. Una sociedad unisex está destinada a carecer de carácter, y también de cohesión.

Esto se aplica particularmente a la familia, donde se desarrolla la solidaridad básica de una sociedad. Una filosofía unisex hace que la construcción de un matrimonio o una familia se vuelva una tarea casi imposible.

¿Complementariedad sexual? ¿No es una perspectiva cultural del pasado? ¿No tendemos actualmente a subrayar el derecho de cada individuo a buscar la realización personal, como él desee, sin dependencias innecesarias?

Muchos parecen concebir la propia identidad en términos de autonomía del individuo. Pero es preciso reconocer que una gran parte del orden del mundo está construido alrededor de la naturaleza y la cualidad de la relación entre los sexos. Nuestra

comprensión de la sexualidad puede ser correcta o incorrecta; y una comprensión incorrecta ejerce efectos negativos a escala personal y social. Sin embargo, la verdadera sexualidad está sujeta a un malentendido radical, y constantemente se hace mal uso de ella: está en peligro de extinción.

CADA SEXO, IMAGEN PARCIAL DE DIOS

¿En qué consiste realmente la sexualidad humana? ¿Son los sexos complementarios e interdependientes? ¿Es verdad que hombre y mujer se necesitan el uno al otro? Y si es así, ¿para qué? ¿Su complementariedad sexual se refiere solamente a la procreación? ¿Solo existe para establecer una relación de mutua conveniencia o satisfacción?

La sexualidad es obra de Dios, y la clave a su comprensión la tiene Dios. Nunca ha sido tan urgente regresar al plan divino acerca de la sexualidad, tal como Dios mismo lo propone desde el principio.

«Dios creó el hombre a su propia imagen», leemos en el primer capítulo del libro del Génesis (1:27). Es en esa «imagen» de Dios donde la humanidad encuentra su singular dignidad; ahí está la clave de su identidad, el desarrollo y el destino humanos. El libro del Génesis, sin embargo, tiene más que decir. El texto añade inmediatamente: «A imagen de Dios lo creó; hombre y mujer los creó». El hombre fue creado varón y hembra. Es por tanto *juntos* como los dos sexos logran dar esa imagen de Dios. Aquí está la dignidad especial, lo mismo que su igualdad fundamental. Cada sexo es un imagen (parcial) de Dios[2]. Juntos dan una imagen *más plena*. «El hombre y la mujer son creados, es decir, son queridos por Dios: por una parte, en una perfecta igualdad en tanto que personas humanas, y por otra, en su ser respectivo de hombre y de mujer. «Ser hombre», «ser mujer» es una realidad buena y querida por Dios: el hombre y la mujer tienen una dignidad que nunca se pierde, que viene inmediatamente de Dios su creador (cf. Gen 2:7.22). El hombre y la mujer son, con la misma dignidad, «imagen de Dios»[3].

Esto se manifiesta tanto en el hombre como en la mujer, y debe ser descubierto por cada uno de ellos en su reciprocidad y en las diversas formas en las que se relacionan. Si se destruye la verdadera relación sexual, el hombre no puede mantener su identidad.

La sexualidad posee un rango natural dentro de la particular comunión del matrimonio. Este consiste en la unión para toda la vida de un hombre y una mujer, y en esa unión están implícitos dos propósitos interrelacionados: la procreación de hijos como fruto y expresión del amor conyugal, y el desarrollo de los cónyuges como personas mediante la mutua donación.

LA SEXUALIDAD NO ES SOLO PARA EL MATRIMONIO

Pero es necesario completar el panorama. La sexualidad no es solo para el

matrimonio. Fuera de ese contexto es una realidad que afecta a los ámbitos más importantes de la vida. Mientras que su aspecto procreativo asegura el futuro de la humanidad, su carácter de elemento de relación *humaniza* las relaciones sociales. No es bueno que hombre y mujer estén solos. Su mutua relación les ayuda a descubrir los valores humanos y, a través de estos, a descubrir a Dios mediante la asociación de la masculinidad y la feminidad[4].

La dignidad humana del hombre y la mujer es idéntica; los papeles sexuales no. La asignación de papeles sexuales distintos, o la sugerencia de que hay determinadas cualidades que son —o deberían ser— características del hombre o de la mujer, no resulta ya evidente para todos. Insinúa prioridad y no complementariedad. Que algo sea más propio de un hombre o de una mujer no significa que no exista también en el sexo opuesto. Más bien se trata de señalar que cada sexo tiende a reflejar ciertas cualidades, que sirven también de modelo al sexo opuesto. Cada sexo inspira humanidad y guía el crecimiento personal y la madurez del otro.

Tradicionalmente la psicología y la educación sexuales partían de la idea de que el hombre tendía a realizarse más en un medio ambiente externo al hogar, a diferencia de la mujer. Hoy este juicio antropológico no se suele aceptar. Pero no conviene rechazarlo sin estudiar antes sus posibles implicaciones. Un análisis de esta índole señala que el hombre está más orientado hacia las cosas o las situaciones, y la mujer hacia las personas. Otros defienden también que el hombre tiene mayores aptitudes para los aspectos técnicos, y la mujer para los humanos. Si estas generalizaciones son válidas, podría concluirse que la mujer posee mayor capacidad que el hombre para *humanizar* la vida.

La mujer ha de gozar de idéntica libertad en el ámbito profesional y laboral, pero tanto la sociedad como ella misma saldrían perjudicadas si se prescinde de sus talentos femeninos y humanizadores.

RELACIONES SEXUALMENTE CARACTERIZADAS

Relación entre marido y mujer. El hombre encuentra en su esposa a la mujer; su masculinidad crece entonces como respuesta complementaria a la feminidad de ella. Y una mujer encuentra al hombre en su esposo; en respuesta a la masculinidad de él, ella aumentará su feminidad. Así pues, dado que cada uno de ellos responde a aquello que le es complementario, los dos crecen, se encuentran a sí mismos a la vez que desarrollan su identidad sexual.

La mujer que existe en una esposa, tendría que estimular el desarrollo sexual de su esposo; el hombre que hay en él debería estimular la sexualidad de ella. Hay algo seriamente incorrecto en un matrimonio en el que los cónyuges no son capaces de producir una respuesta sexual en el otro. Me pregunto por qué una afirmación como esta tiende a hacernos pensar solo en términos de excitación corporal. ¿Acaso no se trata de

una visión empequeñecida de la sexualidad?

La sexualidad —el carácter sexual— debería ser una fuente de motivación e inspiración continuas entre marido y mujer. Se ha dicho que no hay nada sorprendente en una pareja de jóvenes enamorados; la sorpresa nos la brindan las parejas que siguen enamoradas después de muchos años de matrimonio. Quizá sus relaciones físicas ya no significan tanto, pero su sexualidad está viva y potente y genera un amor conyugal más unido. El amor del esposo ha sido inspirado por el desarrollo de la mujer que existe en su esposa, desarrollo que ha sido posible gracias a su lucha constante para alcanzar su plenitud como mujer. Y, de manera similar, el amor de ella ha sido inspirado por la lucha de su esposo por ser un hombre.

Así se inspiran mutuamente. El papa Francisco lo expresa como «crecer juntos en humanidad, como hombre y como mujer». Y añade: «Esto no viene del aire. El Señor lo bendice, pero viene de vuestras manos, de vuestras actitudes, del modo de amaros. ¡Hacedos crecer! Haced siempre lo posible para que el otro crezca. Trabajar por ello. Y... un día irás por las calles de tu pueblo y la gente dirá: “Mira a aquella hermosa mujer, ¡qué fuerte!...”. “Con el marido que tiene, se comprende”. Y también a ti: “Mira a aquel, ¡cómo es!”. “Con la esposa que tiene, se comprende”... Y los hijos tendrán esta herencia de haber tenido un papá y una mamá que crecieron juntos, haciéndose —el uno al otro— más hombre y más mujer» (papa Francisco, a un grupo de novios, 14 de febrero de 2014).

Se está difundiendo la idea de que los cónyuges, más que considerarse diferentes, deben verse entre sí como iguales. Esto no basta, ya que no puede haber matrimonio verdaderamente feliz y duradero a menos que el esposo tenga *en gran estima a su esposa, y la admire* por las cualidades de las que él carece (o no posee en igual medida). Y viceversa.

Ciertamente pueden tenerse en gran estima al admirar en el otro cualidades que no tienen que ver con atributos sexuales: buen humor, por ejemplo, o inteligencia. Si ambos cónyuges son muy inteligentes podría darse entre ellos apoyo e interacción; pero también podría despertarse la envidia. Esto puede suceder sobre todo si uno es más inteligente que el otro, y este último no cuenta con una cualidad «compensatoria». Por regla general no es recomendable que ambos compitan dentro de un mismo campo de acción (salvo cuando «compiten» en darse cariño). El sentido de la masculinidad y la feminidad no es el de competir uno *contra* otra. Para explicarlo de otra forma, podríamos decir que no pertenecen a la misma categoría y, por tanto, no pueden estar en la misma carrera. Quizá la mejor manera de exponerlo sea afirmar que sí pertenecen a la misma categoría y están en la misma carrera, pero no compitiendo uno contra otra, sino como compañeros de equipo: corren juntos. Es precisamente un hombre cabal quien motiva a una mujer para llegar a ser cabal. Cuando el hombre corre como hombre despierta la admiración de su esposa; y cuando ella corre como mujer despierta la admiración de él. Cuanto más mujer es la esposa, más motiva a su marido a ser un hombre verdadero, y viceversa. La excelencia sexual fomenta el amor propio. Es formando un equipo como ambos pueden ganar.

Relación de padres e hijos. El desarrollo de la personalidad masculina y femenina es esencial para el funcionamiento de la familia. Para ser padre, se necesita ser hombre; y no solo en sentido fisiológico o físico. Para ser madre; es necesario ser mujer. Uno de los grandes retos de la vida matrimonial es el pasar de ser solo cónyuges a ser padres. Convertirse en padre o madre (o evitarlo) es sencillo; *ser* realmente padres es difícil. Muchos padres, consciente o inconscientemente, pasan por alto este reto.

La mayoría de las personas busca ganarse la estimación ajena. Pero la estima más importante es la del propio cónyuge, y la de los propios hijos. Un hombre puede desear ser estimado por sus colegas, y muchas veces no lo logrará; o no logrará mantener ese prestigio. Pero siempre es mucho más fácil recibir esa consideración por parte de un hijo o una hija: «No hay nadie como mi papá». Es cierto que el tiempo y el contacto constante ponen a prueba esta estimación; y tendrá que esforzarse para conservarla. Pero es más fácil, y más satisfactoria que la estimación social o profesional. El padre debería sentir el desafío de ser un buen padre. Esto mismo se aplica a las madres, aunque el desafío de cada uno es diferente, de acuerdo con su papel sexual.

Los hijos tienden naturalmente a sentir respeto por sus padres, si bien es obvio que necesitan padres merecedores de respeto. Este respeto está íntimamente relacionado con el hecho de que esperan algo especial de sus padres, aunque ni esperan ni deben recibir lo mismo del padre o de la madre.

Cuando la gente mira con desconfianza a Dios, o teme mostrar admiración ante él, su vida queda marcada por una honda soledad, aunque esta no se manifieste a simple vista. Mirar a Dios con confianza es más fácil si se ha admirado antes a los propios padres. Y a la inversa, cuando una persona no ha podido admirar a sus padres, su actitud hacia Dios pocas veces se desarrolla de modo adecuado.

Hay una grave confusión de papeles cuando los padres compiten para ejercer su autoridad, pero no compiten para dar apoyo. La mujer posee una mayor capacidad para ser consuelo y refugio, pero hoy día muchas descuidan su desarrollo. O rechazan esta realidad, considerándola una debilidad.

La vida familiar adquiere una enorme fuerza cuando la complementariedad sexual ha sido bien desarrollada en los padres[5]. Es más probable que los hijos compartan con ellos sus dificultades.

Hoy todavía se ven hombres que sienten afecto por la paternidad, deseos de convertirse en padres y de estar orgullosos de serlo. Puede ser que haya menos mujeres con este afecto por la maternidad, que les brindará grandes posibilidades de realización. De ser esto verdad, resulta especialmente grave para el desarrollo de la identidad sexual femenina.

Perder ese sentido es peor en el caso de la mujer, porque el orgullo de la maternidad es de un orden mucho más profundo que el de la paternidad. La maternidad exige más de la mujer; ella da más de sí misma al convertirse en madre, su participación es mayor en el proceso de creación[6].

De todas las razones por las cuales un hombre puede percibir que la mujer es

admirablemente única, ninguna es tan profunda como el hecho de que es madre de sus hijos. Sin embargo, muchas mujeres se sienten tentadas a renunciar o renuncian de hecho a la admiración que la maternidad despierta en sus esposos. Parece que nuestro mundo moderno está perdiendo la perspectiva de una verdad primordial: nada hace al hombre mostrar más respeto hacia la mujer que su maternidad, que la saca de la categoría de objeto susceptible de poseerse y la introduce en el ámbito de lo que debe reverenciarse. Al separar al sexo de su contexto de paternidad se le priva de sus dimensiones de misterio y sacralidad, hecho que se aplica particularmente a la maternidad. No hay otro campo en el que el misterio y la gloria de la mujer se expresen mejor, y son pocos los hombres que no se conmueven ante este misterio. Hoy día, sin embargo, parece que no son tantas las mujeres que experimentan alegría ante ello.

Relación de niños y adolescentes. Para que un niño o adolescente llegue a ser un adulto que ha alcanzado plena identidad sexual, no basta aguardar al paso de los años. El proceso involucra constantemente propósito y voluntad. El joven debe tener al alcance *modelos* para imitar; y, particularmente durante la adolescencia, estos deben ser adecuados. Es sumamente importante que la gente joven tengan héroes y heroínas que valga la pena imitar. Cabe preguntarse qué inspiraciones pueden ofrecer, por ejemplo, algunos cantantes de moda en lo que se refiere a desarrollo e identificación sexual.

Ningún niño se convierte en hombre si no atraviesa una adolescencia en la que conozca lo que es propio de un hombre, y aprenda —porque alguien se lo enseña— a asumir el reto de la masculinidad. Las niñas —para quienes hoy en día la identidad sexual es un asunto más difícil de resolver— tienen que afrontar un desafío similar. Ninguna puede convertirse en mujer sin modelos que le den ejemplo de feminidad. La verdadera educación sexual debe proporcionar modelos, e invitar a responder de modo voluntario y personal.

Comprensión, sensibilidad, ternura, delicadeza... Conscientemente o no, un hombre busca cualidades como estas en una mujer. Si se casa y no encuentra en su esposa estos rasgos lo asalta la desilusión; es probable la ruptura. ¿Se enseña a las niñas a comprender que su aptitud para relacionarse con los demás depende de que desarrollen no solo habilidades propias de ambos sexos, sino también un sentido, un carácter y unas cualidades femeninas? ¿Se les enseña también que su objetivo no es llegar a ser tan masculinas como los hombres —como defiende el feminismo destructivo— sino tan femeninas como las mujeres? La sociedad no parece educar en este sentido. ¿Lo hace acaso la escuela? ¿O el propio hogar?

Las relaciones familiares como educación en la identidad. La educación de los hijos no solo corresponde a la escuela. Los mismos padres son los protagonistas. No enseñarán matemáticas o física, sino cómo establecer ciertas relaciones humanas únicas. Estas experiencias constituyen una clave para que más adelante se pueda llevar una vida social integrada. Se trata de las diversas relaciones familiares entre hijo y padre, hijo y madre; hija y padre, hija y madre; hermano y hermana; hermana y hermano.

San Juan Pablo II, en *Familiaris consortio*, afirma: «El servicio educativo de los padres debe basarse sobre una cultura sexual que sea verdadera y plenamente personal. En efecto, la sexualidad es una riqueza de toda la persona “cuerpo, sentimiento y espíritu” y manifiesta su significado íntimo al llevar la persona hacia el don de sí misma en el amor» (n. 37).

¿Podría decirse hoy que los jóvenes están mejor educados sexualmente? ¿Que son más conscientes de su identidad sexual, y que se esfuerzan por adquirir cualidades que los identifiquen en ese sentido?

«¡Vamos, sé hombre!». La mayoría de los niños y, a este respecto, la mayoría de los adultos tienen una idea bastante clara de lo que esta frase significa. Los niños necesitan escucharla con frecuencia; y por lo general saben muy bien en qué momento su comportamiento no está a la altura del reto que implica actuar como hombre.

«¡Vamos, sé mujer!». ¿Por qué esta frase nunca ha sido un estímulo muy generalizado? ¿Será porque en el pasado no se les enseñaba a las niñas a ser mujeres, o tenían miedo de serlo? ¿O porque hasta hace poco captaban mejor el sentido natural de su propia identidad femenina, y no era tan necesario hacerles ver el desafío de la feminidad (que, por supuesto, es tan grande como el desafío de la masculinidad)?

Hoy parece urgente proponer el desafío de la feminidad. De manera bastante peculiar, las últimas en hacerlo han sido algunas feministas. No muestran entusiasmo por lo que es característico de una mujer, y posiblemente ni siquiera puedan identificarlo. Me imagino que si no incitan a las mujeres *a ser mujeres* es —creo— porque *ellas* no se sienten orgullosas de serlo.

Pocos padres temen decirle a un hijo que debe ser fuerte, o valiente, y explicarle que esas virtudes son cualidades especialmente masculinas. Sin embargo, a muchas madres les costará decirle a su hija que debe ser más tierna o considerada, explicándole que esa solicitud por los demás es una cualidad femenina. ¿Estarán considerando la ternura como una cualidad inferior a la valentía?

Relación de los hijos para con los padres. A medida que un niño crece, va modulándose su respuesta hacia los padres, de acuerdo con las cualidades de paternidad o maternidad que encuentra. Una actitud filial debería estar caracterizada por un tipo especial de amistad, basada en el respeto, estimación y reverencia. Si tuviéramos que generalizar y decir que el padre evoca más respeto y la madre más estimación y reverencia, nos encontraríamos nuevamente con una expresión de complementariedad. Solo una antropología defectuosa se propondría debatir cuál de estas actitudes es superior.

San Josemaría Escrivá fue un gran pedagogo. Uno de los principales puntos de sus enseñanzas sobre la familia fue que los padres deben aprender a *ser amigos* de sus hijos. Esto requiere un gran esfuerzo, ya que las perspectivas y gustos de los niños cambian rápidamente, en especial en los años más críticos de su adolescencia, y no es posible que los padres puedan entablar una amistad con sus hijos si no son lo suficientemente flexibles o ágiles para ajustarse a los cambios. Por regla general, si los padres se ajustan,

los hijos siguen respondiendo.

Con el tiempo, probablemente, un hijo tenderá a acercarse más a su padre, y una hija a su madre. Pero esto no es una regla fija; y no para todos los tipos de comunicación dentro de la amistad. Quienquiera que sea el cónyuge más cercano en un momento particular, tendrá que ayudar. Y a veces los hijos no responden y se mantienen a distancia. Los padres que son verdaderamente hombres y mujeres, y que se aman, por lo general encontrarán la manera de superar estas dificultades pasajeras.

Es normal que un hijo muestre una especial deferencia hacia su madre; y, a medida que crece, adoptará una cierta actitud protectora respecto a ella. ¿Es esto un insulto para su debilidad, o un tributo a su feminidad? (¿No hay acaso peligro de censurar aquello que en el fondo es admirable?) De igual modo, a medida que una hija crece, su padre recurre a ella y no solamente a su esposa, en busca de ternura: un tributo a su masculinidad paternal y a su feminidad filial.

Relación de hermanos y hermanas. Samuel Johnson, el gran filósofo y académico inglés del siglo XVIII, no tuvo hermanos ni hermanas. Un día le confesó a un amigo cuánto envidiaba a quienes los tenían y lo sorprendente que le resultaba ver qué poco apreciaban este don y con qué frecuencia lo desperdiciaban. «Les decimos a las mujeres que las buenas esposas hacen buenos maridos: creo que es más seguro que los buenos hermanos hagan buenas hermanas» (*Life*, I, 198). Creo que es aún más cierto que las buenas hermanas forjan buenos hermanos. Pocos chicos pueden escapar totalmente a la influencia de una buena hermana.

La relación hermano-hermana tiene una dimensión social y también personal. Cada vez hay más familias con hijos únicos, y no hay por tanto hermanos con quienes relacionarse. Tal vez aún no hemos medido los efectos sociales (aunque ya estamos experimentándolos) de la falta de esta vivencia, doméstica y natural, de la *fraternidad*. Cada vez es mayor el riesgo de que el vocablo «fraternidad» se entienda solamente como un término de contenido puramente ideológico, existencialmente incomprensible para una mayoría que nunca llegó a experimentarlo. ¿De dónde, entonces, tomarán la inspiración o el ejemplo para tratar a los demás de forma fraternal?

Hermanos y hermanas tienden naturalmente a pelear entre sí, pero también a defenderse unos a otros ante la amenaza de extraños. Debería ser normal que un chico defiendan a su familia: especialmente a su madre y, de manera distinta, a sus hermanas. Este es un signo de hombría, no de superioridad. Es muestra de interdependencia y solidaridad[7], y sobre todo de la magnitud de su deuda hacia ellas.

Tengo cierta impresión de que las hermanas siguen defendiendo a sus hermanos, pero estos quizá ya no están tan dispuestos a defenderlas a ellas. Si están perdiendo este instinto natural, tal vez se deba en parte a que no se les enseña a comprender y respetar el misterio de la adolescencia propia de las chicas, que cualquier chico puede descubrir fácilmente en su hermana. También es verdad que cuando a las chicas se les fomenta el deseo de atraer por su sexo y no por su feminidad, los chicos, incluso sus propios hermanos, sacan la impresión de que ellas mismas ya no reclaman el respeto. ¿Quién

mejor que un hermano para advertírselo delicadamente?

La relación hombre-mujer debe encaminarse a un enriquecimiento mutuo como personas, y no a la práctica de un trato utilitario o abusivo. Hemos hablado anteriormente de educación sexual. Si el término educación se entiende de acuerdo con su significado correcto, como preparación para la vida civilizada, una persona carece de educación sexual si no ha aprendido que para que las relaciones entre ambos sexos sean humanas es esencial la presencia del respeto. Ningún muchacho goza del respeto de las chicas si estas advierten en él una intención de utilizarlas; y ninguna chica goza del respeto de los chicos si permite que la utilicen.

Hoy día algunas jóvenes parecen no percibir la diferencia entre ser femeninamente atractivas y ser sexualmente provocativas. No ser consciente de la atracción que uno puede ejercer, de la diferencia entre ser admirada y ser simplemente deseada, denota una gran ignorancia acerca de la sexualidad masculina, pero también acerca de la femenina. La modestia es algo profundamente arraigado en la naturaleza de una chica. Pero puede irse desgastando gradualmente por la fuerza de la moda o la presión de las compañeras, combinado con la falta de guía de los padres o la ausencia del consejo de un hermano.

Los buenos instintos de una mujer son una enorme fuente de fuerza. San Josemaría Escrivá, en sus conversaciones con mujeres, las animaba de modo muy positivo a conservar la conciencia de su dignidad, también mediante la natural modestia femenina. A menudo terminaba con unas palabras sencillas: «Basta con que seáis mujeres». Era una llamada a la auténtica feminidad, a buscar por dentro la verdadera identidad, también en la sexualidad, y a no perderla por las presiones de los medios de comunicación, el contexto social o la moda.

* * *

En definitiva, la sexualidad humana, tanto en la diferenciación entre hombre y mujer como en la complementariedad, refleja una imagen de Dios. No puede decirse que los rasgos masculinos o femeninos «expresen» o «reflejen» *más* a Dios. Cada uno constituye una imagen parcial. Juntos, en su complementariedad, forman una imagen más completa (siempre limitada) de Dios.

No es posible crecer debidamente en personalidad y humanidad a menos que cada persona, al identificarse plenamente con su propio género, no solo comprenda sino también imite las virtudes más «típicas» del sexo opuesto. Esto también forma parte del proceso necesario de identificación sexual, ya que hay modos masculinos de vivir cualidades femeninas, y modos femeninos de vivir cualidades masculinas. No comprenderlo así, y no ser capaz de responder a ese reto, empobrece a ambos sexos.

Un mundo que no anima a los hombres a ser más masculinos, y a las mujeres a ser más femeninas, no es el mundo que Dios quería. Es un lugar más pobre para quienes lo habitan. La relación entre los sexos debe representar una fuerza fundamental que humanice a las personas y a la sociedad. Los hombres —y los adolescentes—

experimentan esta humanización al enriquecerse con la «imagen» de Dios que caracteriza la naturaleza femenina bien desarrollada; y las mujeres —y las adolescentes— la experimentan apreciando los modos de ser, también «imagen» de Dios, visibles en la verdadera masculinidad. Y tanto unos como otras, a través del contraste y la complementariedad, adquieren una comprensión más profunda de la vida: de su origen, significado y fin último.

[1] Esto es especialmente verdad si se hace hincapié en los papeles femeninos, precisamente —como es mi propósito— para admirarlos.

[2] Siempre teniendo en cuenta que «Dios trasciende la distinción humana de los sexos. No es hombre ni mujer: es Dios»: *Catecismo de la Iglesia Católica*, 239.

[3] *Ibid.*, 369.

[4] Las palabras de Jesús: «Mayor felicidad hay en dar que en recibir» (Hech 20:35), señalan una ley para el desarrollo humano y para la felicidad. Es más importante dar que recibir. El crecimiento de la humanidad —humanización de los individuos y también de la sociedad— depende de la capacidad de dar y de lo que se da. El ámbito sexual debería llenarse de demandas sobre nuestra propia capacidad de dar. La sexualidad en la actualidad está más orientada a recibir que a dar. La educación sexual debe tratar a motivar a una respuesta noble, enseñar a resistir los impulsos del egoísmo e identificar cuándo conviene aceptar lo que el sexo ofrece. Solo así se alcanza una auténtica realización personal.

[5] Podríamos hacer referencia aquí a la interacción de la lógica y la intuición. Se dice que los hombres son más lógicos (aunque conozco muchos que parecerían anular esta afirmación). Ni la lógica ni la intuición deben confundirse con la inteligencia, pese a que cada una de ellas puede ayudarnos a comprender a personas o situaciones. Si bien es más fácil ser lógico que adecuadamente intuitivo, deberíamos tratar de practicar ambas habilidades y combinar sus recursos. En muchas situaciones familiares óptimas se percibe la interacción efectiva de las dos. Es necesario actuar con lógica, pero es aún más importante captar los factores humanos involucrados. En particular, es poco frecuente que las situaciones familiares difíciles se resuelvan adecuadamente por pura lógica; a menudo la intuición llena los huecos para llegar a una comprensión más profunda.

[6] La maternidad «significa la disponibilidad de la mujer al don de sí». Por tanto, una madre posee en forma especial la «conciencia y gozo de que comparte el gran misterio de la eterna generación»: *Mulieris Dignitatem*, n. 18.

[7] Solo una filosofía de autosuficiencia —destructiva para las relaciones interpersonales, el afecto, la familia, la sociedad— niega la interdependencia.

2. ¿SEXO ANTES DEL MATRIMONIO?

La relación sexual, como vimos en el primer capítulo, es un factor importante en el proceso normal de maduración. A la inmensa mayoría de las personas, la sexualidad se presenta llena de interés e incluso de fascinación. Parece encerrar la promesa de una felicidad especial, y sin embargo viene caracterizada a menudo por la tensión y la discordia. Puede estar cargada de idealismo, y también nublada por la obsesión. Tiene un fuerte poder de atracción entre las personas, y puede también dejarlas amargamente separadas.

Si la sexualidad es tan importante en el desarrollo personal y en las relaciones interpersonales, ¿por qué ha de ser una realidad tan delicada y tan llena de complejidad y peligro?

De hecho, encierra cierto misterio. Puede ayudar a comprenderlo partir del concepto de la simple amistad, porque la relación sexual debe llevar consigo una forma especial de amistad.

LA AMISTAD

La persona humana no llega a madurar (ni encuentra la felicidad) en un situación de aislamiento. Hace falta relacionarse con los demás; no solo de modo general sino con algunos en concreto, que son amigos en quienes uno deposita su confianza, por su simpatía, su respeto, su comprensión... La tendencia a buscarlos es universal. La amistad es una de las grandes bendiciones de la vida, que no todo el mundo disfruta. No tener ningún amigo es padecer una tremenda desventaja. Quien no tiene un amigo está solo e infeliz.

¿Por qué necesitan las personas humanas relacionarse entre sí? ¿Por qué ha de ser la amistad el factor más habitual para establecer lazos entre las personas? Volvemos de nuevo al Génesis: «No es bueno para el hombre estar solo» (Gen 2:18). Dios crea al hombre para la comunión, no para la soledad o el aislamiento. No lo crea para conformarse con vecinos, sino para que llegue a tener algún compañero real, algún amigo de verdad.

La amistad implica el amor (un amor sin los atributos esenciales de la amistad no es verdadero amor). Amigo es alguien a quien quieres, en quien te fías, a quien deseas el bien y no el mal, con quien te sientes más a gusto. Un amigo es alguien que te aprecia y te respeta, lo mismo que le aprecias y le respetas tú. La amistad normalmente arranca de un encuentro casual, va creciendo a medida que uno se siente comprendido o

complementado, parece proporcionar una mayor integridad a la propia vida, y el vínculo establecido llega a veces hasta la muerte.

Tener muchos amigos también les gusta a los niños, aunque su concepto de la amistad es a menudo bastante egoísta. Si no superan este egoísmo, irán perdiendo a sus amigos ya que nadie (excepto Dios, y un buen padre o una buena madre) ama a una persona egoísta[8]. Y puesto que todos tenemos una gran dosis de egoísmo, ahí tenemos un enemigo radical de cualquier amistad genuina y duradera.

LA AMISTAD EN LA NIÑEZ Y EN LA ADOLESCENCIA

En la niñez, aunque hay una cierta tendencia a asociarse los niños con los niños y las niñas con las niñas, ambos pueden naturalmente ser buenos amigos. Antes de la adolescencia ya tienen una idea bastante exacta de lo que implica la amistad: poder fiarse de alguien que no te trata de modo egoísta, ni te engaña ni se aprovecha de ti, con quien puedes compartir secretos, penas, sueños...

Entre los preadolescentes hay conciencia de que los sexos son distintos, pero esta percepción no suele entorpecer una amistad genuina —aunque abunden los juicios comunes: los chicos son todos agresivos y estúpidos; las chicas son todas tontas y blandas—.

Con la adolescencia empiezan a cambiar las cosas. Las diferencias sexuales asumen un nuevo significado e importancia. Una amistad entre jóvenes del mismo sexo puede sufrir celos, si ambos empiezan a interesarse por la misma persona del otro sexo. Y, ¿por qué no se le puede incorporar simplemente como un nuevo amigo[9]? No; no ocurre así, porque se está descubriendo ese particular sentido de posesividad, de exclusividad, que ahora aparece en el nuevo y perplejo mundo de la sexualidad.

AMISTAD Y ATRACCIÓN SEXUAL

En la adolescencia esta incipiente atracción es natural y a la vez problemática: es misteriosa, y parece prometer algo grande. En su primer despertar, evoca encanto y respeto. Tiende a estar acompañada de admiración y de un deseo de agrandar, de ser aceptado y de corresponder. Esto no tiene que desaparecer. Pero —sobre todo en los chicos— tendrá que enfrentarse con un nuevo factor poderoso y perturbador: la fascinación por el cuerpo del otro sexo, inspirada más por el deseo egoísta que por la admiración. Está a punto de comenzar una batalla, que determinará el equilibrio o desequilibrio sexual de la persona y la calidad de sus relaciones intersexuales futuras.

El drama empieza cuando esa atracción general de chico a chica lleva a un interés más personal, a algo que se siente como un afecto particular. Según la nobleza de lo que se percibe como una nueva forma de amistad, cada uno comprenderá que ese amor va acompañado de una atracción física que contiene algo egoísta y acaparador, y que habrá

que tener bajo freno para que no lo eche todo a perder.

No resulta tan difícil que los jóvenes comprendan la diferencia entre el deseo sexual y el amor sexual, entre la atracción corporal y el afecto personal. Un chico puede experimentar una creciente fascinación (que fácilmente puede degenerar en una obsesión) por el cuerpo femenino. Puede comprender o no cuánto necesita controlar esa fascinación. La prueba real, el momento de la verdad, viene cuando se da cuenta de que le gusta una chica concreta. Ella también tiene un cuerpo femenino; pero su afecto, aun cuando no sea más que una amistad pasajera, puede ayudarlo a pensar: me gusta esta chica; me gusta demasiado para querer *usarla*. No se usa a un amigo; se le respeta[10].

Hemos formulado así una regla primordial válida para la amistad, y todavía más para el amor, en concreto para el amor entre los sexos. La verdadera amistad, el verdadero amor, respeta al otro. Si quiere aprovecharse del otro o usarlo, ya no es verdadero amor o amistad; el egoísmo lo adultera.

AMOR Y SEXO

El sexo es un hecho demasiado importante para tratarse de algo simple. Es una de las realidades más delicadas que tenemos que manejar. Se puede romper y, si se rompe, puede con él romperse una vida o una serie de vidas. Pocas realidades son más destructivas que el sexo incontrolado. ¿Parece esto un juicio negativo o exagerado? Veamos.

Consideremos dos afirmaciones: «el sexo es bueno», y «no hay nada malo en el sexo». Podrían parecer ser dos maneras ligeramente diferentes de decir lo mismo. No lo son.

El sexo es bueno. La doctrina cristiana no solo acepta sino que defiende su bondad. Pero decir que el sexo es bueno no es lo mismo que decir «no hay nada malo en el sexo». Es algo muy distinto. Nuestra naturaleza humana es buena. Pero también en ella encontramos cosas malas. ¿No hay acaso nada malo en nuestras reacciones de codicia, de enojo, de odio o de venganza?... Sea cual sea la causa, muchos de nuestros instintos, buenos en sí, pueden llevarnos a acabar mal. El instinto sexual se encuentra entre ellos.

El sexo, en su lugar apropiado, desempeña un papel noble en la vida, y lleva a una realización noble en el matrimonio. Sin embargo, no es fácil mantenerlo en su sitio, subordinado al amor y controlado por él. Se precisan los mayores esfuerzos del amor — amor a Dios y amor humano— para mantener el sexo en su lugar. Y el sexo incontrolado tiende a ser muy destructivo, sobre todo del amor.

ALGUNAS DISTINCIONES

Contra lo que algunos sugieren hoy en día, sexo y amor no son lo mismo. Ni mucho menos. Subordinado al amor, el sexo tiene un papel noble. Pero el sexo que domina, el sexo por sí solo y aislado —lo que propiamente se llama lujuria— es todo menos noble y

se diferencia totalmente del amor. A fin de cuentas, el deseo sexual puede dirigirse hacia cualquier miembro atractivo del otro sexo, mientras el amor sexual se dirige hacia uno en particular. No es difícil señalar otros puntos de contraste:

- El amor es generoso; el sexo es egoísta.
- El amor busca dar; el sexo, tomar.
- El amor quiere agradar; el sexo, lograr placer.
- Incluso físicamente, el amor es sensible y delicado; el sexo es áspero y agresivo.

No acaban ahí los contrastes:

- El sexo puede comprarse; el amor, no.
- El amor se ríe, es alegre: el sexo, tosco y absorto.
- El amor abre la persona al bien del otro; el sexo la cierra en su propio egoísmo.
- Un acto expresivo del amor deja a la persona animada y feliz; una satisfacción sexual aislada del amor sabe a tristeza y degradación.

Por tanto, cabe que el sexo —la atracción entre los sexos— ennoblezca a las personas, si lo viven en el contexto del plan divino para la madurez personal y para el amor humano y el matrimonio. O cabe que degrade a las personas, esclavizándolas y excluyéndolas de la posibilidad de amar y ser amadas.

Por consiguiente no toda actividad sexual muestra o fomenta el amor. Todos sentimos una atracción general hacia el otro sexo. Pero cuando esta atracción se particulariza hacia una persona concreta es elemental, si se quiere conocerse a sí mismo y saber adónde se va, preguntar: ¿es esto algo que me impulsa a amar, a mostrar mi amor hacia alguien, o es un impulso a buscar mi propia satisfacción y a *utilizar* a otra persona para lograrla? Si no nos planteamos esta pregunta, no nos conocemos o quizás no queremos conocernos.

ATRACCIÓN Y POSESIÓN

La atracción sexual puede ser simplemente corporal; entonces es deseo físico, más que amor, y apenas necesita tiempo para desarrollarse. Se despierta rápidamente y quiere la satisfacción inmediata. Busca posesión del cuerpo, sin compromiso del corazón. Es inconstante, tiende a cambiar, puede llevar a la promiscuidad.

Pero la atracción sexual también acompaña a lo que puede llegar a ser un verdadero amor. Ahora bien, el amor sí necesita tiempo para desarrollarse. Es amor no es solo para el cuerpo sino para la persona, y esta solo puede conocerse de manera gradual. Cuanto más se vaya conociendo a alguien, más se le puede amar. Es un proceso que necesariamente requiere tiempo, pero que no sale necesariamente bien. Según vamos conociendo a alguien, puede resultar ser menos amable de lo que pensábamos al principio. Según me va conociendo a mí, puedo resultarle menos amable...

Todos tenemos defectos. Solo la persona vanidosa piensa que no los tiene. Y, al

casarse, solo una persona muy superficial o inmadura piensa que la otra parte no tiene defectos. El matrimonio es siempre una alianza de amor entre dos personas defectuosas. Es esta la razón por la que debe haber mucho amor antes del matrimonio, para que cada uno pueda decir: «Yo le amo —yo la amo—, con sus defectos, pienso que él —o ella— me ama con mis defectos, y pienso que podemos hacer que salga bien, y ser felices juntos».

Hasta el momento del casamiento, se es libre para echarse atrás. Quizá porque una parte ha descubierto demasiados defectos en la otra; o porque es demasiado egoísta y calculadora, y no está preparada para luchar contra los propios defectos y convivir con otra persona defectuosa. Semejante decisión puede ser prudente, ya que evita lo que podría resultar un matrimonio infeliz. O puede ser un error muy grande, en cuanto echa a perder el único matrimonio donde el propio ego defectuoso podría ser amado por otra persona.

Antes de casarse, por tanto, hace falta un período para discernir el amor, y donde este pueda crecer: suele llamarse noviazgo. Lo que más se opone a un crecimiento en el amor durante el noviazgo no es tanto el mal carácter como la falta de respeto. El respeto mutuo, sobre todo en la sexualidad física, es el único escenario dentro del cual el amor puede crecer. Es la condición para que el amor «tenga ojos» para ver si puede durar toda una vida. Por tanto, el período del noviazgo no es tanto para disfrutar del amor, cuanto para descubrirlo; para descubrir el grado y la profundidad del amor; y la capacidad de amar de cada uno. En una palabra, es el tiempo para darle al amor la ocasión de crecer.

UNIÓN SEXUAL, ¿EXPRESIÓN NATURAL DEL AMOR SEXUAL?

Si el trato sexual en el matrimonio no solo manifiesta el amor sino que contribuye a que crezca, ¿por qué no favorecerlo antes del matrimonio?

En primer lugar, el trato sexual matrimonial, aunque lícito, no siempre es expresión del amor; no lo es cuando es simplemente un medio de auto-satisfacción y no de auto-donación. En tal caso tampoco favorece el amor, y la otra parte advertirá ese egoísmo. De manera que no es totalmente cierto decir que el acto sexual es la expresión natural de amor sexual humano. Es la expresión natural en ciertas circunstancias, pero no en otras. Importa muchísimo comprender esto; y no es demasiado difícil, si uno realmente quiere. Veamos.

Hay muchas maneras de demostrar corporalmente cómo se aprecia a otra persona. Cabe expresar la falta de aprecio con una mala cara o dándole la espalda; o el aprecio mediante una sonrisa o un sincero apretón de manos. Caminar juntos cogidos de la mano parece significar más, y un abrazo o un beso es normalmente una señal de afecto especial[11]. Un apretón de manos excepcionalmente caluroso parece decir, «me alegro de verte porque eres alguien muy especial para mí; alguien con quien creo poder contar; y quiero que sepas que tú puedes contar conmigo». Ciertos gestos físicos de aprecio implican mucho; si no, son falsos e hipócritas.

¿Qué demuestran dos personas cuándo prolongan un apretón de manos? ¿Afecto? Puede ser. ¿Y cuándo se besan? ¿Todavía más afecto? También puede ser. Participar en la intimidad sexual parece significar *más* que el mero apretar la mano o besarse. ¿Qué más significa? ¿Y por qué significa más? Significa más porque da más: no solo da placer sino que se da *a sí mismo*. Por tanto, si ese darse es mutuo, representa el don recíproco de dos «yoes», y por eso es un acto de unión.

Ese don no se da a cualquiera, solo a alguien especial, muy especial. Me doy solo a quien esté dispuesto a aceptar mi don y sea capaz de darme algo similar: el don *de su propia persona*. Si no, yo estoy dando demasiado a cambio de demasiado poco; y, como resultado, me quedo más pobre, mucho más pobre.

El amor auténtico nunca encuentra una expresión suficiente en la mera intimidad sexual, porque la unión que anhela no solo es de cuerpos, sino de almas[12]. Lo que el verdadero amor desea no es meramente poseer o disfrutar de este chico o chica, sino unirse a él o a ella; y eso implica *darme* a él o a ella, recibiendo su *don de sí* a cambio. ¡Que maravilloso proyecto!: Yo me doy, y él o ella se da a mí; y nos pertenecemos...

Es importante que los jóvenes se den cuenta de la belleza de esta aspiración de amor y del desafío que comporta; de otra manera pueden no tomar conciencia de dos dificultades especialmente modernas: la ligereza con que se trata la castidad, y el miedo generalizado ante todo compromiso.

MÁS SOBRE LA RELACIÓN ENTRE EL AMOR Y EL RESPETO

Tratándose de la relación entre dos, un modo de calibrar la experiencia de la intimidad es verificar si aumenta mi aprecio y mi respeto. Si disminuye, entonces la «intimidad» nos distancia. Ninguna auténtica expresión del amor debe tener esta consecuencia. La firmeza y la rapidez para cortar manifestaciones de egoísmo aumentarán el respeto. Quien reaccione así, lejos de lesionar el amor, lo está expresando de la manera más auténtica.

Es importante que las chicas sepan que, mientras hay mujeres que pueden admirar a un hombre perdidamente sensual (cosa que todavía puede resultarle a la mujer una señal de masculinidad), lo contrario no es verdad. Un hombre deseará a una mujer sensual, pero nunca la admirará; su sensualidad se ve como un defecto femenino. En balde protestará el feminismo radical contra esto, como si constituyese un handicap para la mujer. Nada de eso; estamos delante de un hecho elemental de la psicología sexual: los hombres esperan que las mujeres sean mejores — más «puras»— y desprecian en su interior a la mujer que no lo sea.

EL «DAR» EXCLUYE EL PRESTAR O EL PEDIR PRESTADO CASUALES

El acto conyugal implica un *don*, no un préstamo. Una persona puede prestarse a sí misma durante un día o una noche, o indefinidamente hasta que uno se reclame a sí mismo, puesto que un préstamo es algo que siempre se puede reclamar. No sucede lo mismo con un don. Uno se da de modo irrevocable, si no, no hay don auténtico. ¿Cómo se ama? ¿Temporalmente o para siempre?

Uno solo se da a alguien muy especial. ¿Quiero tener a alguien muy especial en mi vida, tan especial que estoy listo a darle lo que no daría a nadie más? ¿O sencillamente no me interesa ser tan especial, ni tener a alguien tan especial que me pertenezca? Puedo engañarme diciendo que «yo prefiero mi independencia», pero en el fondo, me estoy diciendo: «No me importa mi soledad». ¿Es esto lo que quiero?

Queriéndolo o no, esta es la situación de muchos jóvenes. Están aislados, tras compartir con otro una experiencia «intensa». Las experiencias intensas de autosatisfacción no logran superar la soledad. Solo lo logran las experiencias profundas de compartir y de dar. La experiencia casual del sexo puede ser intensa pero no es profunda; es pasajera y superficial. Deja al individuo aislado porque ha reducido lo que debería de ser una gran experiencia humana a un embriagarse trivial. Tal individuo no tiene nada que anticipar sino más de lo mismo, cada vez más esclavizado a experiencias que dejan su vida cada vez más vacía y sin sentido.

El «sexo seguro» es todo un reclamo. Fomenta la violencia en el hombre, y la explotación en la mujer; instinto bruto en él, y vanidad calculadora en ella. Los dos son enemigos formidables del amor. Toda cesión al egoísmo disminuye la capacidad de amar, pone trabas al aprendizaje en el amor, y aísla al hombre.

PARA DARSE, HAY QUE POSEERSE

No es posible hacer un regalo si no hay nada que dar. La chica que se da a la ligera sabe que ha echado a perder su virginidad. La señal de haberse guardado entera para poder darse entera, ya no está en su poder. Se ha devaluado a sí misma y a los ojos de cualquier hombre con quien casarse en el futuro. Es verdad que un hombre puede devaluarse de modo semejante. Pero es ley de la naturaleza que la mujer tiene que pagar por ello un precio más alto.

Entonces, ¿no es posible que un matrimonio entre personas no-virgenes salga bien? Es posible: pero solo si ambos saben generar un amor matrimonial de tal generosidad que disipe el sentido de segunda mano advertido en su primer encuentro conyugal, esa conciencia de entregar y aceptar un regalo ya usado. Ese sentido de unión de segunda mano siempre acompaña al matrimonio al que han precedido relaciones sexuales con un tercero. Pero también sucede si es la propia pareja la que ha tenido relaciones sexuales prematrimoniales entre sí. Nunca pueden tener la experiencia totalmente única de quienes se han amado y se han respetado hasta el punto de *guardarse* totalmente, para *darse* íntegramente y por primera vez.

COMPROMISOS «DE PRUEBA». MIEDO AL COMPROMISO

El miedo es un gran enemigo del amor de auto-donación. El hombre contemporáneo tiene miedo hacia el compromiso porque parece minar su propia libertad. Si no logra superarlo, se quedará con una «libertad» inútil, porque nunca sabrá decidirse por una elección que valga la pena. Tener miedo al compromiso es tener miedo a la misma libertad. Se teme al amor, en vez de temer al egoísmo. El amor abre la persona a nuevos horizontes y retos de generosidad, de felicidad, de comunión. El egoísmo deja la persona en un aislamiento creciente, donde va trazando círculos cada vez más estrechos alrededor de sí[13].

En la actualidad se promueve la «independencia», frente al compromiso. Quien contempla la posibilidad del matrimonio debe entender esto y clarificar su propia posición ante la disyuntiva de «libertad vs. compromiso». La persona que siempre quiere retener en su poder la «libertad para ser libre», nunca será libre para amar, porque nadie ama de verdad a menos que quiera *comprometerse en* el amor. ¿Cómo se puede afirmar «estoy enamorado» si se admite la posibilidad de «dejar de amar» en cuanto la relación resulte difícil? A lo sumo, uno estará «enamorado» de sí mismo, con el peligro de quedarse encerrado en ese amor a sí.

No es bueno estar solo, ni tampoco darse «a medias». De ahí deriva la naturaleza radicalmente infeliz y frustrante de los lazos «cuasi-matrimoniales», que carecen de todo compromiso definitivo. No me refiero aquí a la simple promiscuidad sino a la situación de parejas que prefieren una relación semiconyugal con un cierto sentido de pertenencia mutua, pero no de manera definitiva, sino siempre con una salida...

Tal relación dista tanto del matrimonio que quienes «experimenten» con ella difícilmente se casarán; o, si lo hacen, no es probable que la unión dure, fundamentada en presupuestos tan quebradizos: cada uno en el fondo permanece dentro de su propio proyecto, sin crear una empresa compartida. El «yo», en lugar del «nosotros», queda como el punto de referencia y el centro para cada uno. El otro nunca pasa de la categoría de un compañero «de ensayo»: útil quizás para cierta finalidad pero no merecedor de un compromiso personal auténtico.

Aquí no hay ningún verdadero don de sí; cada uno se presta al otro, solo en parte. Después, con los años, es difícil superar el convencimiento de que *yo nunca he encontrado a nadie a quien valiera la pena entregarle mi vida*; o *yo nunca he sido capaz de entregarme*; o quizás sencillamente: *nadie me ha aceptado*; *nadie jamás me ha considerado digno de ser aceptado sin condiciones*[14].

Quienes no aman no saben encontrar el amor; quienes no se dan no saben encontrarse a sí mismos. La vía de cuasi-compromiso es una vía de auto-frustración. Ahí uno no da nada, sencillamente se hipoteca. Siempre puede «redimirse», pero ¡a qué precio! Porque lo que se redime es un yo devaluado, y cuantas más veces se hipoteca, más devaluado queda.

«El amor entre el hombre y la mujer sería malo, o por lo menos incompleto, si se

quedase en el amor en cuanto deseo. Porque el amor como deseo no constituye toda la esencia del amor entre las personas. No basta desear la persona como un bien para sí mismo; también, y sobre todo, hay que desear el bien de esa persona»[15]. Por eso es por lo que hay tan poco amor en la cohabitación: yo viviré contigo (pero no *para* ti) hasta cuando ya no encuentre en ti un bien para *mí*.

LA CONCUPISCENCIA

La sexualidad y sus complicaciones seguirán siendo un misterio sin resolver para quien no entienda que la relación hombre-mujer está constantemente amenazada por la lujuria. Lo que más se debe temer en la sexualidad es la concupiscencia, teniendo presente que esta no se identifica con el apetito sexual y menos todavía con la atracción sexual. Es aquel aspecto desarreglado y egoísta del deseo sexual que por su misma naturaleza es enemigo del amor.

La concupiscencia no se ha de identificar con el simple deseo —o con la experiencia— de placer sexual que acompaña el acto conyugal. Es el deseo ensimismado, dominante, hacia ese placer en sí. La concupiscencia es una fuerza totalmente egoísta. No es el deseo de la verdadera unión conyugal y del placer con que Dios ha querido dotar ese acto físico; es deseo obsesivo del placer carnal como un fin en sí mismo. Si lo que se busca es el placer del acto, y no también su *sentido*[16], entonces la relación queda dominada por la lujuria. Los casados son los primeros que necesitan comprender esto. Entonces estarán en situación de mejorar y madurar su amor mutuo, no a base de abstenerse de la intimidad matrimonial, sino mediante un empeño constante en purificar la manera como la viven. Así, la alegría de la mutua donación será mayor que la simple satisfacción del apetito físico.

Solo el hecho de estar casados capacita a dos personas para ir purificando poco a poco esa búsqueda de sí mismo, presente en su unión, y dotar así su amor de generosidad y respeto mutuo, sin los cuales el amor termina ahogándose. Dos personas no casadas que tienen relaciones íntimas pueden amarse de momento pero su unión se rinde a la debilidad, más que al amor. Como no se pertenecen, el amor de cada uno es utilitario: «Nos usamos, para nuestra propia satisfacción».

Recuerdo un caso matrimonial en el que la mujer, en su testimonio, evocaba así una razón principal por la que se había sentido atraída hacia su futuro marido: «Nunca me hizo sentir que solo perseguía mi cuerpo; quería tener amistad. Eso es importante hoy también: sentir que no solo eres cuerpo». Conviene poner la pregunta a lo largo de un noviazgo: ¿Es solo mi cuerpo lo que le interesa a él o ella? ¿Es principalmente mi cuerpo? Y a mí, ¿qué me interesa principalmente en él o ella? Quien no sabe distinguir entre amor y mero apetito físico, tendrá dificultad para contestar a tales preguntas.

EL «PROYECTO FAMILIAR»

Es difícil prepararse bien para el matrimonio y contemplarlo en toda su grandeza si se considera simplemente como la unión de dos personas que pueden «llevarse bien». Casarse debe ser mucho más que buscar un compañero de camino que promete salvar el viaje de la vida de la amenaza de la soledad. Es todo un proyecto de construir el futuro, de llevar adelante la obra de la creación en unión con otro. Si la idea del matrimonio que tienen dos personas no abarca un «proyecto familiar», entonces se quedan atrapados en unos horizontes pequeños.

¡Qué mentalidad más pobre revela quien rechaza el «proyecto familiar»! «No me interesan las generaciones futuras, las personas que pueden venir detrás de mí, ni siquiera quienes podrían representar una continuación de mí mismo, de mi esfuerzo, de mi dedicación, de mi valor como persona, de mi amor». Pero entonces, ¿qué me interesa? ¿Yo mismo? ¿Semejante yo tan privado de valor? Entonces sí, tristemente es lógico que no quiera perpetuar mi vida sin valor. Pero, ¿esa vida mía resulta inexorablemente sin valores? ¿No podría yo cambiar?

A fin de cuentas, es natural querer aprovechar la propia vida para lograr algo que valga la pena. Se solía considerar el matrimonio como la normal aventura común, y a la vez individual, a la que la gran mayoría se sentía llamada; y la vida adolescente se miraba en gran parte como preparación para tal aventura. Había un sentido de grandeza en esta preparación: la grandeza de prepararse para compartir la vida con alguien en quien se puede confiar, llegar a ser uno mismo alguien digno de confianza, para fundar una familia, para continuar la obra de la creación... En eso había y sigue habiendo un orgullo bueno, al que la persona pusilánime puede en efecto dar la espalda, quedándose entonces con toda la tristeza de nunca haber tenido ideales.

A fin de cuentas, es natural querer aprovechar la propia vida para lograr algo que valga la pena. Hace algunos años fui nombrado capellán en una escuela nocturna; un maestro me mandó un estudiante que estaba muy alicaído. Hablé con él un par de veces. Era difícil encontrar en él cualquier chispa de vida o de ambición. Finalmente, quizás en un momento de impaciencia, le pregunté: «Pero hombre, ¿no tienes *ningún* ideal?». Vaciló un momento pero por fin contestó: «No». Un tanto desconcertado, quizás por su franqueza, le volví a preguntar: «Pero, ¿eso no te parece triste»? Su respuesta, tras otra breve pausa, fue igualmente directa: «Sí».

Lo que un *no* y un *sí* pueden decir sobre una vida...

[8] No salirse siempre con la suya, reñir y hacer las paces, dar y recibir, forma parte de un proceso en el que el niño aprende gradualmente a compartir, a ser un buen amigo y a conservar a los que ya tiene.

[9] La serie *Harry Potter* ofrece un ejemplo. En el comienzo, Harry, Ron, y Hermione son amigos. Hay dos chicos que «comparten» la misma amiga; y una chica que tiene dos amigos. Por supuesto, más tarde la relación cambia.

[10] Las personas no han de ser *usadas*, sino amadas o, por lo menos, respetadas. El uso sexual es de los peores modos, y de los más rápidos, de degradar las relaciones personales.

[11] Hoy es frecuente besar a casi todo el mundo, hasta a quienes se acaba de conocer. Ciertas señales de afecto, si se exageran, llegan a convertirse en algo banal. Prodigar muestras de afecto muy especiales, es costumbre de

santos o de personas con un sentido superficial de las relaciones humanas.

[12] Esto último es lo que muestra una unión real entre las personas. Quien reduce la relación sexual a unión de cuerpos sin unión de almas nunca llega a entender bien el matrimonio.

[13] «El Amor consiste en un compromiso que limita la propia libertad; es un don de sí, y el sentido del darse a sí mismo es precisamente limitar la propia libertad a favor de otro. Cualquier limitación de la libertad podría parecer negativa, pero el amor la convierte en algo positivo, jubiloso y creativo. Es por el amor por lo que existe la libertad. Si no se usa, si el amor no la aprovecha, se convierte en algo negativo y nos deja con un sentido de vacío y de frustración»: K. Wojtyla: *Amor y Responsabilidad*, 135.

[14] Según no pocos estudios psiquiátricos, la opción de vivir juntos, en lugar de casarse, fácilmente conduce a la ansiedad y a la inseguridad: véase, por ejemplo, Nadelson-Notman: «To Marry or Not to Marry: a Choice»: *American Journal of Psychiatry*, 138 (1981), pág. 1354.

[15] Karol Wojtyla: *Amor y Responsabilidad*, 83.

[16] Vid. Cap. 8.

3. ¿QUÉ PASA SI ME CASO?

¿A QUÉ SE COMPROMETEN QUIENES SE CASAN?

Casarse es un asunto mutuo. No te puedes casar con alguien que no esté dispuesto a aceptarte. De modo que el matrimonio depende del consentimiento mutuo. ¿A qué se comprometen? ¿Se trata de vivir juntos durante un tiempo, y de disfrutar de una relación sexual mientras satisfaga? Si no pasa de eso, parece no tratarse de nada importante, ni justificar las ceremonias o celebraciones habituales.

Si el matrimonio significa algo más, ¿a qué se comprometen dos personas de hecho cuando se casan? ¿Cuál es el significado real de esas fórmulas tradicionales que todavía se emplea en tantas bodas «...hasta que la muerte nos separe»? Sus simples textos ya dicen mucho. Pero si queremos hacernos cargo de lo que implica, una breve incursión en el derecho canónico puede ayudarnos.

La idea del matrimonio como unión de toda la vida de un hombre y de una mujer para tener una familia ha existido desde el comienzo de la historia. Defender a esta institución natural ha sido siempre una preocupación principal de la Iglesia. Cuando las leyes canónicas fueron codificadas en el 1917, la naturaleza del consentimiento matrimonial fue expresada en el canon 1081: «El acto de la voluntad por el que cada parte da y acepta el derecho sobre el cuerpo, perpetuo y exclusivo, en orden a los actos *per se* aptos a la generación de la prole». Esto, forzoso es admitirlo, puede ser jurídico pero no es ciertamente muy romántico, ya que ni menciona el amor.

El Concilio Vaticano II promovió un nuevo Código de Derecho Canónico[17]. El Código de 1983 describe el consentimiento matrimonial como «el acto de la voluntad, por el cual el varón y la mujer se entregan y aceptan mutuamente en alianza irrevocable para constituir el matrimonio» (canon 1057).

¿Qué debemos concluir de esta definición expresada en términos tan distintos? Lo primero —y no lo más importante— es el empleo de la palabra «alianza» [*foedus*]: un término con profundas raíces bíblicas que implica un pacto o unión especial entre las personas. En el Antiguo Testamento la palabra se aplica sobre todo a la alianza que Dios mismo hace con su pueblo, tratándolo con un amor nupcial e irrompible, y llamándolo a devolver ese mismo amor[18]. Nos permite comprender mejor la frase más relevante del canon 1057: los esposos «se entregan y aceptan mutuamente». El matrimonio no es tan solo un contrato (aunque lo sea también): es una alianza. En otras palabras es una forma muy particular de contrato o vínculo de amor por el que cada esposo se ofrece como don al otro y acepta la misma auto-donación recíproca del otro[19].

Con razón se ha descrito esta nueva definición del consentimiento matrimonial como

«personalista». Refleja el personalismo cristiano, una filosofía del hombre según el cual «darse a sí mismo» a algo que vale la pena es condición importante para el crecimiento personal. En gran parte este personalismo inspira el pensamiento antropológico del Vaticano II, y halla su expresión más concisa en una afirmación central de la Constitución Pastoral *Gaudium et spes*: el hombre «no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo» (n. 24). La afirmación conciliar puede parecer nueva, pero de hecho es tan vieja como el Evangelio. En su forma aparentemente paradójica («entregar si quieres encontrar»), presenta el mismo desafío que Jesús puso hace dos mil años a todos sus seguidores: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque el que quiera salvar su vida la perderá, y el que pierda su vida por causa de mí la hallará»[\[20\]](#). Importa y mucho darse cuenta que este programa evangélico de vida, dado por nuestro Señor, contrasta directamente con la regla de vida normalmente ofrecida por la psicología contemporánea: buscarse a sí mismo, hallarse a sí, identificarse, estimarse, afirmarse, quererse, aferrarse al propio yo, no entregarse a nadie ni a nada...

El personalismo cristiano se apoya en este principio evangélico radical; y solo quienes se abren a tal principio serán capaces de entender la profunda visión del matrimonio — regalo recíproco y para toda la vida— que mana del Concilio Vaticano II, y de comprender que casarse es un estilo de vida de dar-perder-hallar, constituido por Dios y querido por él para la inmensa mayoría de la humanidad.

PERSONALISMO MATRIMONIAL

El matrimonio representa la forma concreta más natural de auto-donarse para el cual están hechos el hombre y la mujer. Como la *Gaudium et spes* también dice: «Esta sociedad de hombre y mujer constituye la primera forma de comunión entre las personas» (n. 12). Importantes documentos del magisterio han presentado el matrimonio bajo una luz personalista[\[21\]](#) y, como hemos visto, el consentimiento matrimonial se explica ahora totalmente en esos términos: acto de la voluntad, por el cual el varón y la mujer se entregan y aceptan mutuamente en alianza irrevocable para constituir el matrimonio[\[22\]](#). El hombre se da como hombre y marido, la mujer como mujer y esposa; y cada uno recibe al otro como esposo. Habría que ponderar si se ha llegado a apreciar totalmente el alcance y el poder —la belleza y las exigencias— de esta nueva fórmula, sobre todo en la formación en los seminarios, en la orientación matrimonial, y en el tratamiento de las causas matrimoniales ante los tribunales eclesiásticos.

¿QUÉ QUIERE DIOS PARA LAS PERSONAS CASADAS?

¿Cuál fue entonces el propósito de Dios al instituir el matrimonio? O más precisamente, ¿cuáles son los fines que Dios asignó a la institución matrimonial —los

finés que aceptan los esposos— cuando se proponen contraer un matrimonio tal como Dios lo instituyó?

Evitará posibles confusiones recordar la distinción elemental entre fines *subjetivos* y *objetivos*. Los subjetivos son los que busca una persona concreta al casarse. Los objetivos son los que el matrimonio en sí, según el plan divino, ha de lograr. Sería ideal que ambos siempre coincidiesen. Pero es frecuente que no sea así. Después de todo, los subjetivos raramente son los mismos en cada esposo; más bien pueden ser múltiples, y hasta variables: fines generosos e idealistas; fines mezquinos y egoístas. Habrá quien se casa por dinero, prestigio social o ambición política; o para escapar de casa de o una situación laboral aburrida o intolerable. Incluso cuando las dos partes se casan por amor, el concepto de amor que cada uno tiene puede no coincidir: encontrar a alguien «que me haga feliz a mí» o «que yo pueda hacer feliz».

Puede haber oposición entre los fines personales subjetivos de cada uno de los esposos, y es esta una razón por la que tantos matrimonios no salen bien. No obstante, podría haber sido diferente si ambos hubiesen entendido a tiempo los fines objetivos del matrimonio.

CÓMO LA IGLESIA HA PRESENTADO LOS FINES DEL MATRIMONIO DADOS POR DIOS

Un desarrollo importante en el magisterio de la Iglesia sobre los fines de matrimonio tuvo lugar en el siglo XX. Durante largo tiempo la teología había presentado estos fines de un modo jerárquico; la procreación era un fin «primario», mientras se señalaba dos fines «secundarios»: la ayuda mutua y el remedio de la concupiscencia. En las primeras décadas del siglo pasado se empezó a cuestionar lo del fin primario. Algunos propusieron «el amor» como un fin de igual importancia que la procreación[23]. Entre ellos, unos sostenían que esta visión representaba una comprensión «personalista» del matrimonio, cuando de hecho era sumamente individualista. En todo caso ha sido superado por un personalismo más verdadero, expresado tanto en el Concilio Vaticano II como en la enseñanza de san Juan Pablo II.

La influencia del auténtico personalismo cristiano es evidente en el modo como el Código del año 1983 modifica el del 1917 al expresar los fines del matrimonio. La enseñanza común de hace 100 años se propuso en el canon 1013 del Código anterior en estas palabras: «El fin primario del matrimonio es la procreación y educación de la prole; el fin secundario es la ayuda mutua y el remedio de la concupiscencia». El canon correspondiente del Código del 1983 afirma: «La alianza matrimonial ... por su misma índole natural se ordena al bien de los esposos y a la procreación y educación de la prole»[24]. Evidentemente hay aquí cambios importantes que exigen un comentario. Hay también (como es de esperar en el magisterio eclesial) puntos de continuidad que pueden no ser tan evidentes y por tanto exigen una explicación.

En primer lugar, se nota la eliminación de los términos «primero» y «secundario» con respecto a los fines[25]. El cambio aquí, a mí parecer, señala un desarrollo enriquecedor.

Como hemos apuntado, la discusión acerca de una jerarquía de fines a veces se llevó adelante como si los fines tuviesen poca relación entre sí o incluso se opusieran de modo manifiesto. La nueva redacción subraya la interdependencia y conexión.

La nueva fórmula integra las *dos* narraciones bíblicas de la institución divina del matrimonio. En el primer capítulo de Génesis leemos: «Creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; hombre y mujer los creó. Dios los bendijo y les dijo: “Sed fecundos y multiplicaos. Llenad la tierra y sojuzgadla”» (Gen 1:27-28). La relación que se encuentra en el capítulo siguiente está en una clave muy diferente: «Dijo Dios: “No es bueno que el hombre esté solo; le haré una ayuda idónea”... [Y Dios hizo a la mujer]... y la trajo al hombre. Entonces dijo el hombre: “Ahora, esta es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada Mujer, porque fue tomada del hombre”. Por tanto, el hombre dejará a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne» (Gen 2:18-24).

La primera narración acentúa el carácter procreador, mientras la otra subraya su naturaleza complementaria y unitiva. El Génesis revela así una intención divina de hacer hincapié en la íntima conexión e interdependencia entre los dos aspectos o fines del matrimonio. Muestra también al mismo tiempo cuán infundado es hablar (de modo incluso despectivo) del aspecto procreador como correspondiente a una visión «institucional» del matrimonio. El aspecto unitivo, por otro lado, se colocaría dentro de una comprensión «personalista» más moderna. Está claro de las narrativas de Génesis que tanto el aspecto procreativo como el unitivo son *ambos* institucionales, en cuanto que los dos se proponen claramente en la institución divina original del matrimonio.

EL «BIEN DE LOS ESPOSOS» COMO UN FIN DEL MATRIMONIO

Poca necesidad hay de ponderar la procreación como un fin del matrimonio ya que se ha aceptado como tal desde tiempo inmemorial. Quizás la única cosa nueva que conviene observar a propósito es que parece ser hoy un fin con el que muchas personas no están demasiado contentas y buscan restringir o incluso evitar completamente. Volveremos sobre el tema más adelante. Por el momento, intentemos centrar la atención sobre el fin denominado «bien de los cónyuges» (*bonum coniugum* en latín), que es un término nuevo en el uso eclesial.

A mi entender, gran parte de lo que se ha escrito durante las últimas décadas sobre el «bien de los cónyuges» no ha dado en el blanco. En general, la tendencia ha sido identificar este bien con el logro de una vida matrimonial feliz. Esto es hacer que el fin objetivo (institucional) del matrimonio coincida con el fin subjetivo de la mayoría de las personas que se casan: lo que no es un análisis adecuado.

¿Significa esto que no hay ninguna conexión entre los fines subjetivos y los objetivos? No necesariamente. Como hemos visto, el fin subjetivo de quienes se casan puede variar indefinidamente. Esperanzas de cierta felicidad suelen acompañar a la mayoría de las personas al casarse; cosa natural. Sin embargo, muchos matrimonios no llegan a colmar

esas felices esperanzas. ¿Esto significa que el fin mismo del matrimonio ha fallado? ¿O será que el matrimonio, tal como la Iglesia lo concibe, no tiene nada que ver con las aspiraciones que la gente normalmente asocia con el amor genuino? No, y muy al contrario.

Supone hablar de modo superficial del amor decir que este se demora en sus *expectativas* y no, en igual medida, en sus *exigencias*. Estas también entran necesariamente en la idea personalista de la realización «a través del don a sí mismo». El auténtico personalismo mira al crecimiento de la persona en su camino hacia la madurez. El compromiso del matrimonio, con las exigencias de un amor fiel y sacrificado, ha de llevar a los esposos a la plenitud de una madurez personal: es decir, al máximo desarrollo de su capacidad de amar. Así reside su verdadero y definitivo «bien».

Dios podría haber creado el género humano según un modelo «unisex» —sin sexo—; y haber previsto su continuidad de otro modo. El Génesis parece aclarar que la creación habría sido menos buena si hubiese actuado así; «no es bueno que el hombre o la mujer esté solo». De manera que la sexualidad aparece en la Biblia como parte de un plan para la realización personal, un factor pensado para perfeccionar al ser humano (y dar continuidad a la raza humana). El punto antropológico básico es que la persona no es autosuficiente; necesita a otros, con una especial necesidad de un «otro», un compañero, un esposo.

Cada persona humana, al tomar conciencia de su contingencia, desea ser amado: desea ser única para alguien. Si no encuentra a nadie que le ame, le acecha la tentación de sentirse sin valor. Es más: no basta *ser* amado; hace falta *amar*. Una persona objeto del amor puede ser infeliz si es incapaz de amar. Todos somos amados (al menos por Dios) pero no todos aprendemos a amar. Aprender a amar es una necesidad tan grande como la de saberse amado; solo así se puede salvar a la persona de la auto-compasión o del autoaislamiento, o de los dos a la vez.

Aprender a amar exige salir de uno mismo; por una dedicación constante —cuando las cosas van bien y cuando van mal— al otro, a los demás. Lo que cada uno tiene que aprender no es un amor pasajero, sino un amor *comprometido*. Todos necesitamos un compromiso de amor. Vincular a los cónyuges a un permanente aprendizaje de amor fue el designio original para el matrimonio, confirmado por el Señor (Mt 19:8ss). El compromiso matrimonial es por naturaleza algo exigente. Esto se desprende de las palabras con las que los esposos expresan su recíproca aceptación, por un «consentimiento personal irrevocable» (*Gaudium et Spes*, n. 48), prometiendo aceptar al otro «en las buenas y en las malas, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad... todos los días de mi vida» (*Ordo Celebrandi Matrimonium*, n. 25).

Aunque este compromiso es exigente, es también profundamente natural y atrayente. El amor auténtico es —quiere ser— sincero cuando afirma: «Te querré para siempre». De ahí, entre otras cosas, la conveniencia de acentuar, en la educación de los jóvenes, que los seres humanos, a diferencia de los animales, somos creados no solo con un instinto sexual, sino también con un instinto *conyugal*.

INSTINTO SEXUAL: INSTINTO CONYUGAL

El instinto sexual es natural, se desenvuelve por sí solo, y rápidamente se hace presente. Más que desarrollo, necesita control; suele ser más intenso hacia una persona en concreto, pero normalmente no se limita a una sola. El instinto conyugal también es natural, aunque más lento para hacerse presente; necesita desarrollarse; apenas necesita control; generalmente se limita a una persona.

El instinto conyugal atrae para unirse con una persona, en una permanente alianza de amor, y a ser fiel a ese compromiso. La difundida frustración en el área sexual que experimentan tantas personas hoy en día, es una frustración de la conyugalidad más que de la mera sexualidad. Es consecuencia de lo que vimos en el capítulo anterior. Al desarrollarse y madurar el instinto conyugal, facilita de manera muy eficaz el control del mero instinto físico, a base de inducir el respeto sexual. Es normal para un par de jóvenes enamorados tener por delante un *ideal* del matrimonio: cada uno ve al otro como posible compañero en la vida, y como madre o padre de sus hijos; alguien por tanto que puede ser completamente único. Esto indudablemente se aplica de modo recíproco en la relación sexual, pero tiene una aplicación particular en cómo un hombre se relaciona con una mujer. Nada puede ayudar tanto a un hombre a respetar a la mujer que ama como la perspectiva de que un día puede llegar a ser la madre de sus hijos.

AMOR CONYUGAL Y DEFECTOS MARITALES

Es fácil amar a las personas «buenas». El programa del cristianismo es que aprendamos a amar también a los «malos», es decir, a quienes tienen defectos: en otras palabras, a todo el mundo. En nuestro contexto, el programa concreto es que quien libremente contrae el compromiso conyugal de vida y amor con otro —sin duda porque ve una bondad singular en esa persona— debe estar pronto para mantenerse fiel a esa alianza, aunque consideraciones —objetivas o subjetivas— le lleven más tarde a pensar que el otro ha perdido toda bondad.

Aun cuando el descubrimiento mutuo de defectos es inevitable, no es incompatible con la realización del bien de los esposos. Por el contrario, cabe afirmar que la experiencia de los defectos del otro es esencial si la misma vida conyugal ha de conseguir el verdadero ideal divino del «bien de los cónyuges». La ineludible desaparición del primer amor romántico —fácil y sin esfuerzo—, deja a cada cónyuge antes la tarea de *aprender a amar* al otro, *tal como realmente es*. Entonces es cuando se crece como persona. En esto consiste la seriedad y la belleza del reto contenido en el matrimonio.

El aspecto romántico casi siempre habrá de morir; el amor, sin embargo, no. Está destinado a madurar, lo que puede acontecer si la prontitud para el sacrificio, presente en los primeros momentos, vive o puede ser activada. Que el verdadero amor está

preparado para el sacrificio es un tema que quizá nuestra predicación necesita tocar más. Como dice san Juan Pablo II: «Resulta natural para el corazón humano aceptar exigencias, incluso cuando resultan difíciles, por amor hacia un ideal, y sobre todo por amor hacia una persona»[26].

La naturaleza humana es mezcla y choque entre tendencias buenas y malas. ¿Apelamos suficientemente a las tendencias buenas? ¿O a veces cedemos a la tentación de pensar que las malas son más poderosas? Necesitamos fortalecer nuestra fe, no solo en Dios sino también en la bondad de su creación, recordando lo que santo Tomás de Aquino enseña: *bonum est potentius quam malum* (*Summa Theol.* I, q. 100, art. 2); el bien es más poderoso que el mal, y mueve resortes más profundos en nuestra naturaleza. También la encíclica *Veritatis Splendor* se expresa en la línea de este principio. Para presentar el esplendor y atracción de la verdad, parte efectivamente de nuestra natural hambre o sed del bien (cf. Cap. I, «¿Qué bien he de hacer?»).

Las tendencias contrarias pueden ser naturales. Frente al peligro, es natural sentir la tentación de ser cobarde y huir. Pero también es natural querer ser valiente y enfrentarse con el peligro. Una madre o un padre puede tener una tendencia natural hacia el egoísmo; tienen sin embargo una tendencia no menos natural a cuidar de sus hijos: un instinto maternal o paternal. De manera semejante, aunque es natural que se produzcan fricciones entre los esposos, también es natural que quieran preservar su amor del peligro que deriva de esas fricciones. Ese instinto conyugal les invita a ser fieles; en cambio, quien se niega a afrontar la lucha por la fidelidad, no podrá evitar el convencimiento de haber actuado de modo blando, calculador y egoísta. Dicho esto, podemos añadir que hay poco de natural, y nada de inevitable, en el fenómeno de dos personas que habiéndose tenido por absolutamente únicas, cinco o diez años después sean incapaces de tolerarse. «Mi amor por él o por ella ha muerto»... Si esto hubiera llegado a pasar, habría sido una muerte gradual, que tantas veces podría haberse evitado con un buen consejo.

El matrimonio no es tanto para disfrutar el amor sino para entrenarse en ello, madurar en el amor. Nada mejor puede hacerse que aprender a amar. Es una primera condición para encontrar la felicidad relativa que la tierra puede ofrecer (quien no sabe amar, nunca será feliz), y nos prepara para la felicidad ilimitada del cielo.

Ahí está por tanto la verdadera finalidad del matrimonio y de la familia: no hacerme a mí feliz aquí y ahora, sino prepararme para la felicidad eterna, hacer que sea capaz de la felicidad de Dios mismo. Quienes piensan que el matrimonio debe proporcionar una felicidad inmediata o automática, no están a la onda de Dios. Es más; el matrimonio nunca es un asunto solo «mío»; no es una mera empresa personal donde yo persigo mi propio bien (el enfoque del egoísta), es un asunto «nuestro», de mí y de mi esposo o esposa, donde los dos juntos perseguimos nuestro bien compartido (el enfoque conyugal) y el bien de nuestra familia.

¿ES DIFÍCIL LOGRAR EL «BIEN DE LOS CÓNYUGES»?

El consentimiento matrimonial significa que los esposos deciden darse y aceptarse mutuamente. No es solo una decisión de darse a sí mismo (qué ciertamente significa mucho) sino de aceptar al otro, que quizás puede significar aún más. El verdadero «bien de los esposos» resulta de tomar ambas decisiones y llevarlas a cabo. El amor conyugal verdadero pone un acento no solo en el sincero «darse a sí mismo», sino en el no menos sincero «*aceptar* al otro»; aceptándole tal como él o ella es, como una persona defectuosa. El verdadero pacto conyugal «en la alegría y en la pena», «hasta que la muerte nos separe» es siempre la alianza de dos personas defectuosas que se comprometen a amarse tal como son, y a perseverar en la tarea. Esto contribuye poderosamente a su maduración.

Por lo tanto, identificar el *bonum coniugum*, en cuanto un fin divinamente dado del matrimonio, con la «felicidad compartida», no parece adecuado. Si uno se atiene al modo como Dios actúa, el logro del «bien de los cónyuges» también exige compartir muchas cosas que, por lo menos a los ojos humanos, no pueden ser denominadas «felices»: la enfermedad, el desempleo, las estrecheces económicas, etc. Las «dificultades compartidas» pueden contribuir al «bien». Incluso lo que podría ser considerado como penalidades unilaterales (como cuando la carga de un marido inválido cae totalmente sobre la esposa; o cuando, tras la infidelidad de uno se mantiene la fidelidad del otro) puede servir el bien más radical de una de las partes por lo menos, difícil quizá de alcanzar en una situación más fácil...

Tía Betsey, en la novela *David Copperfield* de Charles Dickens, era una mujer mandona pero sabia. Cuando David empezó a experimentar las dificultades que supone haberse casado con Dora, una muchacha muy inmadura e infantil (una «esposa-niña»), la tía Betsey se negó a intervenir para corregir a Dora: «Tú has escogido libremente para ti —le dirá a David—, y has escogido una criatura muy bonita y muy afectuosa. Será tu deber, y será también tu placer, estimarla por las cualidades que tiene, y no por las que puede no tener. En cuanto a estas, las tienes que desarrollar en ella, si puedes. Y si no puedes, debes acostumbrarte sencillamente a pasar sin ellas... Esto es el matrimonio»[\[27\]](#).

MATRIMONIOS «UNISEXO»

A pesar de lo mucho que se hable de esto en el mundo occidental contemporáneo, el tema sigue siendo un fenómeno menor. Piénsese lo que se quiera de uniones entre dos personas del mismo sexo: el concepto de «matrimonio uni-sex» carece de sentido dentro de cualquier visión natural y cristiana del matrimonio. Dios no dio inicio a la humanidad con un par de Adanes o un par de Evas, sino con un hombre y una mujer, con una naturaleza masculina y femenina respectivamente, hechos para complementarse entre sí psicológica y físicamente, hasta el extremo de hacerse «una carne» (Gen 2:24), también como el principio unido (paternidad-maternidad) de la familia, primera célula natural en

torno a la cual una sociedad basada en el amor puede construirse. Un «matrimonio unisex» falla en todos los aspectos de este esquema natural y lógico.

[17] Al promulgar el Código en el 1983, san Juan Pablo II se refirió al Código como el «último documento del Concilio Vaticano Segundo» (*AAA* 76 (1984) 644).

[18] Cf. Is 55:3, Jer 31:31-33, Ez 16:8, 60; 37:26, Dan 9:4, Mal 2:14.

[19] Esta forma tan notablemente nueva de describir el consentimiento matrimonial ha quedado ahora firmemente establecida en la doctrina magisterial. En efecto, el *Catecismo de la Iglesia Católica* dice que «el consentimiento por el que los esposos se dan y se reciben mutuamente es sellado por el mismo Dios» (n. 1639).

[20] Mt 16:24-25; cf. Mc 8:34-35; Lc 9:23-24.

[21] Cf. *Humanae Vitae*, n. 9; *Familiaris Consortio*, n. 13; *Mulieris Dignitatem*, n. 7, etc.

[22] No hay que olvidar que la idea de «darse a sí mismo» no puede abarcar absolutamente todos los aspectos de la persona (la responsabilidad personal, por ejemplo, siempre permanece inalienable). El don, la misma autodonación, de la que se trata es más bien la plenitud de la complementaria sexualidad conyugal.

[23] También sostenían que no hay ninguna interconexión esencial entre estos dos fines. De ahí que el acto conyugal conserve su pleno significado como expresión de amor matrimonial, aun cuando se anule deliberadamente su potencial procreador. Esta tesis (que está en la base del movimiento anticonceptivo) fue expresamente rechazada por la *Humanae vitae* del 1968; punto del que trataremos en el capítulo 8 procurando mostrar la profunda lógica humana que subyace la enseñanza del beato Pablo VI.

[24] C. 1055, 1. La expresión «por su misma índole natural se ordena a» es equivalente a «tiene como sus fines». Esto queda claro en el Catecismo del 1994, donde el n. 1660 repite la fórmula del canon 1055, que se resume en el n. 2363 con las palabras: «el doble fin del matrimonio».

[25] Dentro de la doctrina magisterial esta distinción no era tan antigua como podría pensarse. El primer documento oficial de la Iglesia en el que apareció es de hecho el Código del 1917.

[26] San Juan Pablo II, *Audiencia General*, 21 de abril de 1982.

[27] *David Copperfield*, cap. 44.

4. ¿POR QUÉ NO FUNCIONA EL MATRIMONIO HOY?

«La nuestra es una época de gran crisis, sobre todo, de “*crisis de la verdad*”. Crisis de la verdad significa, en primer lugar, *crisis de conceptos*. Los términos “amor”, “libertad”, “entrega sincera” e incluso “persona”, “derechos de la persona” ¿significan realmente lo que por su naturaleza contienen?» (Juan Pablo II, *Carta a las Familias*, 13). Como hemos visto, la crisis de ideas fundamentales también se extiende hoy y de modo particular a la identidad sexual, a la relación entre los sexos, al matrimonio, y a la familia.

Desde luego es reflejo de la contemporánea confusión sobre todo lo humano. En la *Veritatis splendor*, san Juan Pablo II habla de «la crisis más peligrosa que puede afectar al hombre: la confusión del bien y del mal» (93), que también es la confusión entre verdad y falsedad, entre lo moral y lo inmoral; y en definitiva entre lo que es verdaderamente humano y humaniza, y lo que es inhumano y deshumanizante[28].

¿PUEDE SER «NATURAL» QUE EL MATRIMONIO SALGA MAL?

¿Por qué no va bien el matrimonio hoy? Si, como parece obvio, el matrimonio es de las realidades más naturales en la sociedad humana, si la tendencia hacia el matrimonio es de las más naturales en el hombre y en la mujer, parece difícil que el matrimonio vaya tan mal. Si fracasa tantas veces, ¿no será porque no estamos en un estado normal de cosas? ¿No será el hombre quien enfoca mal el matrimonio?

Hay al menos tres puntos que contribuyen hoy a pensar así:

a) la tendencia a «deificar» el amor humano, esperando de él lo que solo Dios puede dar;

b) la expectativa de recibir mucho amor del otro cónyuge o de los hijos, sin tener que darles tanto —o más— amor;

c) la tendencia a ver oposición (o al máximo una conexión accidental) entre la unión conyugal y la procreación.

LO QUE SOLO DIOS PUEDE DAR

La esperanza máxima que alienta al hombre es la esperanza de la felicidad. Está hecho para la felicidad y necesariamente tiene que buscarla. Pero solamente se va a encontrar con la frustración si busca la felicidad donde no puede encontrarse...; o si busca una

felicidad ilimitada donde solo puede hallarse limitadamente; o si busca la felicidad donde se puede encontrar pero no del modo adecuado para poder hallarla.

Se puede encontrar la felicidad en el matrimonio, pero no de modo ilimitado; pedir la felicidad perfecta al matrimonio es pedirle demasiado. Sin embargo, el hombre es un ser que tiene sed de una felicidad perfecta. Por eso se ha podido decir —con razón— que «la mujer promete al hombre lo que solo Dios puede dar». Cualquiera creyente sabe que aquella felicidad perfecta no se puede hallar fuera de Dios. Sabe que no es posible encontrarla, plena y duradera, en esta vida; solo se encuentra en el Cielo. Pero el no creyente, o el que lo es a medias, se olvida de esto. Y cuando el hombre empieza a olvidarse de Dios y a perder la esperanza de la vida eterna, su corazón se centra en las cosas de la tierra y se esfuerza por satisfacer su sed de felicidad en ellas.

La persona que se olvida de Dios tenderá a «deificar» el amor humano, y si uno espera demasiado del amor y del matrimonio, *necesariamente* ha de quedar decepcionado. El amor es fundamental en el matrimonio, pero se puede entender mal, y también sobreestimarlos.

Si se pone demasiado peso en una viga, se rompe. Si se pide demasiado a un matrimonio, se hunde. Quizá explique en parte lo que hoy todos contemplamos.

¿QUÉ ES MÁS IMPORTANTE, DAR O RECIBIR?

Ya hemos insistido en la idea de autodonación como elemento esencial del amor conyugal. La persona que no está preparada para dar lo mejor de sí, no está preparada para el matrimonio, y no encontrará la felicidad que el matrimonio puede proporcionar. Hemos también visto cómo esto implica aprender a darse al esposo, con sus defectos; y cómo ambos deben aprender a darse a sus hijos.

Cuanto menos presente esté esta firme disposición de dar, menos cerca está la felicidad. ¿Cuánto debo dar?, ¿cuánto se me va a pedir? Calcular encamina al amor a un callejón sin salida. La felicidad no puede comprarse, ni es resultado de cálculos.

Al mismo comienzo de la vida conyugal, el análisis calculado (¿estoy recibiendo tanto como doy?) no suele estar conscientemente presente, aunque es probable que surja. Hoy, en cambio, hay otro tipo de cálculo que sí puede detectarse al inicio, e incluso ser compartido por ambos cónyuges.

LOS HIJOS COMO UNA OPCIÓN «EXTRA»

Al comprar un coche, hablamos de incluir o no determinados «extras», opcionales, si disponemos del dinero suficiente. No son indispensables para que el coche funcione perfectamente. ¿Sucede igual cuando hablamos de tener hijos? ¿Puede el matrimonio funcionar bien sin ellos?[\[29\]](#).

La exclusión intencionada de los hijos —totalmente o en parte— hace enfermar al

matrimonio... Esta es una verdad —una regla o ley de la vida— implícita en la doctrina de la Iglesia sobre los fines del matrimonio y la relación entre ellos.

DEL AMOR CONYUGAL AL AMOR FAMILIAR

Un hombre o una mujer no ha errado el camino cuando se casa por amor, ni cuando espera que el matrimonio le proporcione felicidad. Pero puede descaminarse si hace depender sus esperanzas de ser feliz en el matrimonio de un solo factor —el amor mutuo—, cuando es designio de la naturaleza que la felicidad matrimonial sea el resultado de la delicada y exigente interacción de dos factores: el amor y los hijos. En otras palabras, uno puede descaminarse porque no sabe cómo «hacer funcionar» su matrimonio.

Si tener hijos es también parte del orden natural, a no ser que la naturaleza mienta o esté llena de incongruencias, es probable que la felicidad en el matrimonio depende también de tener y educar a los hijos.

Examinemos una afirmación fundamental del Concilio Vaticano II: «El matrimonio y el amor conyugal están ordenados por su propia naturaleza a la procreación y educación de los hijos» (*Gaudium et spes*, n. 50). ¿Qué quiere decir esto? ¿Que algo fisiológico —la procreación— es más importante que algo espiritual —el amor—? Lo que afirma es totalmente distinto: que el amor en el matrimonio, que ciertamente es más amplio que el mero amor físico, es más amplio también que el mero amor conyugal. O sea, el amor en el matrimonio no está pensado para limitarse a un sencillo amor entre dos personas, sino para *convertirse en amor familiar*. Para sobrevivir, el amor ha de crecer y, creciendo, alcanzar y abrazar a otros, que serán precisamente el fruto de ese amor. «La fecundidad es el fruto y el signo del amor conyugal, el testimonio vivo de la entrega plena y recíproca de los esposos» (san Juan Pablo II, *Familiaris Consortio*, n. 28). «El verdadero amor mutuo trasciende la comunidad de marido y mujer, y se extiende a sus frutos naturales: los hijos» (san Josemaría Escrivá, *Conversaciones*, n. 94).

FELICIDAD Y CÁLCULO

Una época que no ve en los hijos la consecuencia natural del amor conyugal, puede terminar viéndolos como enemigos de ese amor. Por eso he sugerido que una tercera razón principal por la que muchos matrimonios hoy en día fracasan, es la creciente tendencia no solo a anteponer el amor mutuo a la prole, sino a encontrar una auténtica oposición entre ambos aspectos.

Influidas por los eslogan antinatalistas, muchos siguen pensando que la felicidad en el matrimonio depende esencialmente del amor, y solo accidentalmente de la paternidad.

El primer principio de esta «filosofía» del matrimonio es que el amor representa el constitutivo esencial y suficiente, en sí, de la felicidad matrimonial; por tanto se debe ver en los hijos una posible ayuda, pero también una posible rémora para ese amor. Porque

los hijos traen consigo sus exigencias, y se está popularizando hoy un amor que no quiere ser sometido a exigencias. Cuando se piensa en el amor en términos de satisfacción personal, una vaga ansia de paternidad puede resultar insuficiente para compensar los «inconvenientes» que traen consigo los hijos. Esto se comprueba en el creciente número de mujeres que piensan que las cargas de la gravidez y de la crianza jamás pueden verse compensadas por las posibles satisfacciones ulteriores.

La felicidad es el resultado de la entrega generosa a algo o a alguien que vale la pena. Es el resultado de saber darse, aunque cueste, y sin preocuparse por el hecho de que cuesta. La felicidad no es algo que se pueda comprar por dinero, ni conseguir por cálculo. Sin embargo, el concepto moderno del matrimonio se ha ido llenando por todas partes de cálculos: cálculos fríos, casi todos.

El primer cálculo es que dos personas se bastan para hacerse felices. El segundo es que un determinado número de hijos —uno o dos— puede contribuir a aquella felicidad, o ser un estorbo... El tercer cálculo, para muchos ya un axioma, es que el *exceder* un número determinado de hijos (dos o tres como máximo) se opondrá infaliblemente al amor y a la felicidad. Ahora bien, desde el momento en que uno haya concluido que un número concreto de hijos —cuatro, por ejemplo, o el que sea— necesariamente será enemigo del amor, *cualquier* número —incluso uno solo— puede ser considerado como un enemigo. Así es la simple lógica de la mentalidad antinatalista.

Dos personas que empiezan por creer que «están hechos el uno para el otro», pueden terminar creyendo que no están hechos para nadie más, y que no tienen necesidad de nadie más. Cualquier otro —incluso su hijo, y *especialmente* su hijo— puede constituirse en rival de su amor. Cabe pensar que ese hijo absorberá parte del amor que, hasta ahora, cada esposo recibía en exclusiva del otro. Muchos, al llegar a ser padres, sienten celos al comprobar que ya no son el objetivo exclusivo del amor de su esposo. Experimentar alguna reacción pasajera en este sentido es algo natural, lo mismo que es normal vencer tales reacciones. Lo que no es natural es querer evitar la llegada de ese hijo, por un motivo así. Manifestaría un espíritu posesivo, egoísta y calculador, antítesis del verdadero amor.

El amor sexual y la procreación están unidos, en los designios de Dios, para formar un fuerte apoyo natural para el matrimonio y la felicidad. El hombre, desde luego, puede separar lo que Dios ha unido. Pero esta separación deja al matrimonio sin apoyo. Y un matrimonio sin apoyo se derrumba.

Los que creen que la filosofía antinatalista favorece el matrimonio y el amor, harían bien en sopesar sus posibles consecuencias últimas. Estas han sido parodiadas certeramente por Aldous Huxley, en su obra *Un mundo feliz*. Su sátira muestra una sociedad futura y desalmada que ahora parece mucho menos imposible y remota que cuando su autor la concibió, antes de la Segunda Guerra Mundial. Aquella visión de un feliz porvenir «liberado», con el amor y el sexo identificados (o, mejor dicho, el amor sumergido en el instinto animal descontrolado); el matrimonio excluido y abolido; los hijos («reproducción») reducidos a unos procesos de laboratorio en manos del Estado..., proyección lógica y última, por fantástica que parezca, de la filosofía del *birth-control*.

Mantener que el amor matrimonial está ordenado a la procreación no implica nada despectivo hacia el amor. La visión cristiana no opone un fin del matrimonio a otro. Es el hombre moderno quien establece esta oposición. El desafío es redescubrir la armonía íntima entre todos los aspectos naturales del matrimonio, sus fines objetivos y subjetivos. Señalar que una cosa está ordenada a otra es *dar la clave de su verdadera naturaleza*. Decir que el amor mutuo está ordenado a la procreación, lejos de menospreciar el amor humano, nos da la clave de los planes de nuestra naturaleza para que en el matrimonio desarrolle las grandes promesas de este amor.

EL PROYECTO MÁS GRANDE DEL AMOR: LOS HIJOS

Es designio de la misma naturaleza que el amor conyugal sea fecundo. En otras palabras, la fecundidad es algo natural para el amor. Es algo que el amor naturalmente anhela, hasta tal punto que se siente frustrado si no puede dar fruto.

El amor siempre inspira, y es capaz de soñar con sueños grandes, incluso cuando no es correspondido. Ahora, el amor correspondido y compartido —el amor que se ha encontrado con el amor— ya no solo tiene sueños, sino que se ilusiona con concebir y realizar cosas grandes.

El amor hace que una pareja joven se ilusione con cosas en las que otros solo ven rutina y aburrimiento. Les basta, para ilusionarse, el hecho de poder hacerlas *juntos*, y que su elección es fruto de una decisión amorosa, unión de dos voluntades enamoradas. Así, al acercarse el día de bodas, son felices planeando juntos tantos proyectos —sin importancia y hasta banales en sí— que serán pequeñas piezas de su nueva vida y su nuevo mundo. Se entusiasman al proyectar juntos el piso donde van a vivir, los muebles, y el color de una alfombra...

¿Cómo no se van a ilusionar con el proyecto máximo que la naturaleza les ha reservado, un proyecto que será totalmente exclusivo, que no será una mera elección de algo material —un coche, un televisor— sino una auténtica *creación* de seres vivientes? Otras parejas podrán vivir en pisos idénticos, o escoger el mismo modelo de coche o televisor, o un modelo mucho mejor. Pero nadie más podrá tener *sus* hijos.

¿Cómo no van a mirar ese proyecto como el máximo y más entrañable de todos? ¿Cómo no van a darse cuenta de lo grande y lo sagrado del plan divino?

«El único matrimonio cristiano es el de dos seres, jóvenes de ordinario, en el umbral de la vida, en posesión ambos de la integridad de sus fuerzas y de su pujanza vital, entregándose uno a otro sin reservas, a fin de realizar unidos la obra más grande que espera al hombre en el plano de los valores naturales: la obra de su perfeccionamiento y la obra de la familia, que se corona con los hijos, en los que los padres se vuelven a encontrar, en quienes continúan y quienes en la unidad de su ser, expresan su unión»[\[30\]](#). «Los esposos que se aman, aman todo lo que les acerca y les une. Nada les es común en el mismo grado que el hijo. Pueden poner sus bienes bajo el régimen de comunidad; pueden llevar el mismo nombre; pueden concordar sus caracteres; puede

unirles la inteligencia más cordial; sin embargo, nada les es tan común y nada les une como el hijo... Los esposos unidos continúan amándose uno a otro en su hijo; encuentran en él no solo a sí mismos, sino su unión, la unidad que ellos se aplican a realizar en toda su vida. Cada uno de ellos reconoce en el hijo el ser que él ama en un ser nuevo que se lo debe todo y que él ama también con un amor que no se separa de aquel al que el hijo debe el haber nacido. El matrimonio encuentra así, en la paternidad y la maternidad, su florecimiento perfecto. El niño remata el enriquecimiento del alma que los esposos buscan en su unión»[31].

Por eso, una joven pareja enamorada —si entiende el amor como algo más que la gratificación del instinto— no se contenta con una unión estéril. Si los frutos naturales del amor conyugal son los hijos, el amor conyugal que no da ese fruto —pudiendo darlo— se frustra, y puede pronto enfermar hasta morir. Lo que le amenazará será la auto-asfixia, porque deberá intentar sobrevivir en un ambiente cerrado y anti-natural donde se ha privado a sí mismo del soplo de la vida.

Si es designio de la naturaleza que el amor conyugal sea fecundo, podemos decir que es designio suyo que el aumento en el amor crezca en función de un mayor fruto. La pareja que espera que su amor vaya creciendo, a la vez que descuida o frustra la fecundidad, desnaturaliza su matrimonio. No ha comprendido de qué manera el matrimonio puede dar felicidad y es probable que no la encuentre.

TODO MATRIMONIO PASA POR UNA CRISIS

Todo matrimonio llega a un período crítico, del cual sale encaminado a un bien más definitivo y más pleno, o al mal. Ese período puede llegar muy pronto, tan pronto como el amor fácil y romántico se desvanece, lo cual puede suceder incluso un año o dos después de casarse. Si una pareja no logra superar bien ese período crítico, su matrimonio empezará a ir cuesta abajo. El entendimiento y respeto mutuos disminuirán; las discusiones y riñas se harán más frecuentes; habrá empezado ese proceso paulatino de distanciamiento que puede terminar en una ruptura diez o quince años más tarde.

Yo diría que hay que satisfacer una necesidad doble si un matrimonio atraviesa una crisis así. Cada esposo necesita un motivo poderoso para ayudar al otro a ser *leal*, y facilitarle la tarea de *aprender a amar*.

Y también necesita un motivo poderoso para *mejorar personalmente*, ser menos egocéntrica, más amable. Los hijos, desde luego, satisfacen esa doble necesidad.

CÓMO PERSEVERAR EN EL AMOR

El amor, en la tierra, pocas veces es fácil; y si lo es por una temporada, la facilidad no suele durar. Es verdad que tiene que existir una bondad en cada ser humano, porque Dios nos ama a cada uno con un amor inmenso. Pero nosotros no somos Dios, y a veces nos

resulta difícil descubrir los puntos buenos de los demás. Muchas veces, incluso, parece que tenemos mayor facilidad para ver los defectos de la gente que para apreciar sus virtudes. Esto ocurre de modo particular cuando dos personas comparten la vida íntima y constante en el matrimonio. Y ocurre sobre todo si, en su vida compartida, *se han quedado solos*. Dos personas constantemente frente a frente van a verse con muchísimos más defectos que dos personas que miran juntamente a sus hijos.

Cuando empiezan las pequeñas dificultades para llevarse bien, pensar en los hijos —si los hay— resulta un motivo natural para ser fiel a los compromisos que se han contraído. ¿Existen motivos más fuertes para obligar a los esposos a ser fieles, pase lo que pase?

Ahí está el primer motivo, y ahí está también su fuente. «Por el bien de nuestros hijos, tenemos que aprender a convivir. Por lo tanto, lucharé con todas mis fuerzas para seguir amando a mi marido o a mi mujer. Y, con la gracia de Dios, lo lograré».

MEJORAR POR EL SACRIFICIO

El marido o la mujer que reaccione así, ya está mejorando como persona. Y ahí podemos considerar el segundo punto. Si el amor ha de sobrevivir en el matrimonio, cada esposo debe aprender a amar al otro con sus defectos. Pero si se trata de que el amor no solamente sobreviva, sino que crezca, cada cónyuge debe descubrir virtudes —nuevas o aumentadas— en el otro.

Si el amor ha de crecer, la otra persona tiene que aparecer cada vez más amable. Y no aparecerá así salvo que esté mejorando, convirtiéndose en una persona mejor. En un plano natural, es la generosidad la que hace que una persona mejore. El egoísmo mata el amor tanto en uno mismo como en aquellos con los que uno se relaciona.

Una persona enamorada o que se cree enamorada debe saber sacrificarse por la persona amada si quiere llegar a ser más amable. La persona incapaz de sacrificarse es incapaz de dar o de recibir (o de retener) mucho amor.

La persona amada, en los designios de la naturaleza para el matrimonio, *incluye a los hijos*. Ellos pueden inspirar en sus padres un grado de sacrificio inalcanzable de otros modos. «Por el hijo es como más fácilmente se supera el hombre. El amor paternal es la forma de amor más espontáneamente desinteresada»[\[32\]](#). De este modo, al sacrificarse por sus hijos, cada cónyuge llega a ser más amable, también a ojos del otro.

EL MATRIMONIO NECESITA DEL SACRIFICIO

Todo el sacrificio que los hijos suelen exigir de sus padres, desde sus más tiernos años, es un factor principalísimo para desarrollar y madurar y unir a los padres. Está bien que los esposos se sacrifiquen el uno por el otro. Pero es aún mejor que, juntos, se sacrifiquen por sus hijos. El sacrificio compartido viene a ser uno de los mejores lazos del amor.

Pienso que uno de los errores más evidentes, más frecuentes y más tristes es la decisión de aplazar el tener hijos durante unos cuantos años —dos, tres, o cinco—. *Precisamente en el momento* en que el «romance» —el amor fácil— empieza a decaer y el amor empieza a tropezar con dificultades y a *necesitar apoyo*, la ayuda principal planeada por la naturaleza —sus hijos— *no existe*...[\[33\]](#)

EL EGOÍSMO COMPARTIDO NO LLEVA A LA FELICIDAD

Ya sé que muchas parejas jóvenes quieren «pasarlos bien» durante algunos años. Se consideran demasiado jóvenes para asentarse en una vida de familia, y prefieren combinar su nueva vida con las atracciones de la vida social a la que llevaban tiempo acostumbrados. ¿Puede considerarse esto un enfoque *natural* del matrimonio? ¿No bascula más hacia la satisfacción que hacia el compromiso? A fin de cuentas, «pasarlos bien juntos» es un ideal bastante pobre para unir a dos personas; y, desde luego, no es capaz de mantenerlos unidos en el amor durante toda una vida. A veces uno se queda con la impresión de que muchas parejas proyectan su matrimonio reduciendo al mínimo todo sacrificio.

¿CUÁNDO SE ADQUIERE LA MADUREZ SUFICIENTE PARA FORMAR UNA FAMILIA?

Algunos sostienen que varios años de vida matrimonial ayudarán a madurar más, y servirán de preparación para educar a una familia. Pero ¿qué es lo que hay en esa vida compartida, reducidas al mínimo las responsabilidades y los sacrificios, que realmente les madure? El momento en el que una pareja está mejor preparada para empezar una familia es precisamente cuando acaban de casarse. El amor ilusionado y fácil que todavía les acompaña en aquellos primeros años de la vida matrimonial les ayudará a enfrentarse pronta y alegremente con los sacrificios que los hijos exigen. Si dos personas jóvenes se enamoran, pero no quieren formar una familia, lo más prudente sería no unirse en matrimonio.

¿QUIÉN ES EL EXPERTO EN LA PLANIFICACIÓN FAMILIAR?

El mundo sería bien raro si no fuese la naturaleza el mejor y más sabio planificador familiar. Desde luego, es quien dispone de mayor experiencia. Los resultados de la planificación familiar artificial y antinatural empiezan a manifestarse con claridad: cada vez más matrimonios se desmoronan, más hogares se rompen y más personas se aíslan. Los recién casados tienden a fiarse más de demógrafos, políticos o sociólogos que de la naturaleza. Los que sienten la tentación de ceder a las presiones sociales o a una vida más fácil, haciéndose los sordos ante sus instintos de paternidad, harían bien en preguntarse cual de las dos voces que escuchan es más solvente para alcanzar un amor

fuerte y duradero.

¿EN QUÉ CONSISTE LA AUTO-REALIZACIÓN?

Los que sostienen que el fin principal del matrimonio consiste en el «enriquecimiento mutuo» de los esposos, en la «realización de sus propias personalidades», a través de la «complementariedad de su amor mutuo», etc., deberían también precisar *qué* enriquece. ¿Aumenta la capacidad de comprensión o de entrega?, ¿el espíritu de sacrificio? ¿O consiste más bien en una mayor preocupación por uno mismo, junto a una mayor indiferencia hacia los demás?

Vale la pena volver a meditar estas palabras de Pablo VI: «Un amor plenamente *humano* es sensible y espiritual al mismo tiempo. No es, por tanto, una simple efusión del instinto y del sentimiento, sino que es también y principalmente un acto de la voluntad libre, destinado a mantenerse y a crecer mediante las alegrías y los dolores de la vida cotidiana, de forma que los esposos se conviertan en un solo corazón y en una sola alma y juntos alcancen su perfección humana»[\[34\]](#).

PRESIONES DICTATORIALES

Volvamos a la idea que sugerimos al comenzar: no es tanto que el matrimonio le sale mal al hombre de hoy como que el hombre de hoy enfoca mal su matrimonio. Abusa de él y ya no funciona en su servicio.

«Tenemos el derecho a ser felices en el matrimonio sin tener que aguantar las rigideces de la Iglesia». Con el paso del años, se observa que ese derecho no es tan fácil de ejercitar, si se sigue ese modo de pensar. Las presiones principales, las pautas de conducta de obligado cumplimiento provienen hoy más bien del Estado, de los planificadores sociales, de los expertos económicos, de los abogados del hedonismo. No debe causar extrañeza si estos matrimonios encapsulados —impuestos por los hombres— terminan en fracaso, porque el matrimonio no fue una idea del hombre, sino una idea de Dios.

Cada uno, por tanto, tiene derecho a esperar una felicidad en su matrimonio, pero solo en el tipo de matrimonio que Dios instituyó. Y solo cuando ese matrimonio, con la ayuda de Dios, se vive de acuerdo con sus designios. En caso contrario, lo diseñado para encaminarse a la felicidad conduce finalmente a la frustración.

El matrimonio está en crisis. Y en muchos ambientes y sociedades llamadas civilizadas para estar en declive. Sin embargo, se encuentran tantas excepciones: tantos matrimonios felices que son a la vez hogares dichosos porque los padres no han frustrado los instintos nobles de paternidad que la naturaleza les ha dado. Más bien han sabido cumplirlos con ánimo generoso, recordando que «el buen amor conyugal aspira a la gloria de la fecundidad con fortaleza de ánimo. Pero la gloria de la fecundidad no está

en una fecundidad con cuentagotas. Está en una fecundidad abundante, que desea esta abundancia, y si necesita razones, no es para tener hijos, sino para limitar su número» (Leclercq, op. cit., cap. 5).

Cada día son más los esposos que comprenden la grandeza del plan divino del que Dios, llamándoles al matrimonio, les ha hecho partícipes. Y así, apoyándose en la gracia, saben enfrentarse con los sacrificios —sacrificios de amor— que el mismo amor necesita para sobrevivir

[28] «Nuestra fe se opone decididamente a la resignación que considera al hombre incapaz de la verdad, como si esta fuera demasiado grande para él. Estoy convencido de que esta resignación ante la verdad es el núcleo de la crisis de occidente, de Europa. Si para el hombre no existe una verdad, en el fondo no puede ni siquiera distinguir entre el bien y el mal». Benedicto XVI: Homilía, Austria, 8 de septiembre de 2007.

[29] Solamente en casos realmente excepcionales puede un matrimonio ir bien sin engendrar los hijos que Dios quiere. A veces Dios no concede hijos, aunque los esposos los esperen con ilusión. Estas uniones (materialmente) estériles pueden ser felices si aceptan la voluntad de Dios. El Señor les dará gracias especiales para aprender a amarse cada día más. Y pueden, y hasta deben, alcanzar una fecundidad *espiritual*, dedicando aquellas energías a tareas formativas y apostólicas en favor de los demás.

[30] J. Leclercq. *El Matrimonio Cristiano*, cap. 2.

[31] *Ibid.*, cap. 5.

[32] Leclercq, op. cit., cap. 6.

[33] «Los esposos deben edificar su convivencia sobre un cariño sincero y limpio, y sobre la alegría de haber traído al mundo los hijos que Dios les haya dado la posibilidad de tener, sabiendo, si hace falta, renunciar a comodidades personales y poniendo fe en la providencia divina»: *Es Cristo que pasa*, n. 25.

[34] *Humanae vitae*, n. 9.

5. DIVORCIO: LOS ESPOSOS

Todo matrimonio, decíamos, pasa por una crisis. Muchos no logran resolverla bien, y terminan por divorciarse. El matrimonio, con todas sus promesas de felicidad, ha fracasado. ¿Cómo evaluar el divorcio? ¿De modo negativo o positivo? En Occidente es probable que se defienda como señal de progreso, propio de una sociedad avanzada. Detengámonos en esto, pues solo puede considerarse progreso si conduce realmente a una mayor felicidad humana. ¿Es eso cierto? ¿Divorciarse puede aportar felicidad?

Si aporta esa felicidad a la mayoría, aun cuando deje infeliz a una minoría, entonces quizá podría razonablemente considerarse un progreso. Pero, si sucede al revés, procurando la felicidad de una minoría y dejando a la mayoría más infeliz, entonces se opone al verdadero progreso.

EL DIVORCIO ENGENDRA DIVORCIO

El divorcio no favorece la felicidad, favorece el divorcio. El divorcio indica el final de un sueño de felicidad. «Solo está pensado para casos extremos —dicen algunos—, para darles la oportunidad de comenzar de nuevo». Pero esto ya no vale, al menos en Occidente, pues ahora la mayor parte de matrimonios termina en divorcio.

Entre las instituciones naturales, el matrimonio es el que promete mayor felicidad. Si el 50% de las personas que se casan no alcanzan esa deseada felicidad, ¿dónde la podrán hallar? ¿En unas nuevas nupcias? El índice de divorcios entre personas divorciadas que vuelven a casarse es tres o cuatro veces superior al de quienes se casan por primera vez.

En la sociedad que considera el matrimonio irrevocable, los novios dan ese paso tras meditar seriamente sus implicaciones; nadie, en principio, contrae a la ligera un vínculo que ha de durar toda la vida. Luego, cuando aparecen las inevitables dificultades propias de la vida conyugal, el hecho de carecer de una «salida fácil», ayuda muchas veces a sacar adelante el matrimonio. En una sociedad divorcista, es difícil que quien se casa no albergue el pensamiento: «Si no va bien, siempre podré recurrir al divorcio». Cuando se razona así, se difumina la sensación de estar dando un paso definitivo. No se está comprometiendo la vida entera, sino que se está *probando* algo, con «derecho» a cancelarlo si no funciona. Todo matrimonio pasa a ser un matrimonio a prueba. La expresión «para siempre» ya no vale, queda en mentira. Un amor «de toda la vida» se considera un sueño imposible. Y el matrimonio queda despojado de la promesa o la misma capacidad de dar auténtica felicidad.

INDISOLUBILIDAD Y FELICIDAD

La indisolubilidad está pensada (por la naturaleza, por Dios) para contribuir a la felicidad, no para estropearla. En ese sentido, el fin del matrimonio es hacer felices a las personas, a base de *enseñarles a amar*. La indisolubilidad es la regla de Dios para quienes están *en aprendizaje de amor*: no están autorizados a abandonar el esfuerzo de amar aunque este resulte costoso.

El matrimonio (y la indisolubilidad) debería hacer felices a los cónyuges, porque eso forma parte de los planes de Dios para quienes se casan. Esta afirmación, sin embargo, necesita algunas matizaciones:

— aunque el matrimonio puede y debe hacer felices a los cónyuges, no puede lograrlo de modo perfecto. La perfecta felicidad no se alcanza en esta vida; solo se obtiene en el Cielo. Por tanto, quien se empeñe en exigir una *perfecta* felicidad en el matrimonio, *necesariamente* quedará defraudada;

— aunque el matrimonio puede hacer felices a las personas, no lo consigue *sin esfuerzo*. La felicidad no se gana fácilmente; exige lucha. La felicidad fácil no suele durar. Por tanto, un matrimonio feliz sin esfuerzo, es una quimera^[35];

— que «el matrimonio deba hacer felices a las personas» no implica automáticamente que «el matrimonio deba hacerme feliz a *mí*». Quien se agarra a esa conclusión, le mueve quizá menos la lógica que la impaciencia, la autocompasión, la amargura o la rabia; en una palabra, el egocentrismo.

El egocentrismo es muchas veces fuerte. Pero junto a él, nos acompaña una auténtica necesidad de amor verdadero, un profundo anhelo de centrarnos en los demás. Sin embargo, no es extraño que cada esposo comience su vida conyugal más centrado en sí que en el otro.

Pero, si las personas que se casan suelen estar enamoradas, ¿no está cada una de ellas muy centrada en la otra? Puede ser, la veracidad de sus disposiciones la confirmará el paso del tiempo. Si no, ¿cómo es que para tantas personas, en el momento de casarse, la otra era «única en el mundo», y unos años más tarde resulta inaguantable? Porque —se dirá— su amor se extinguió, que «murió»; y que el divorcio es el único paso lógico una vez que el amor ha muerto. Examinaremos en su momento cuál puede ser la mejor reacción, si el amor «ha muerto». Pero vamos por partes. Pienso que resultará útil someter a un examen ese amor conyugal que —se nos asegura— acaba de morir, recordando de nuevo que, si el amor muere, pocas veces lo hace repentinamente.

El amor, en el momento de la boda, parecía rebosante de salud. ¿Cuál habrá sido el singular proceso de deterioro? ¿Será que, después de todo, no era tan fuerte y sano como parecía? El amor rara vez *comienza* fuerte, porque al comienzo no suele conocerse a la otra persona con total profundidad: esto es, cómo él o ella realmente es (una mezcla, como toda criatura humana, de aspectos positivos y negativos).

Lo que sí comienza fuerte es el sentimiento. Pero este, que siempre contiene aspectos de romanticismo, tiende a idealizar a la otra persona; y, por consiguiente, no está realmente centrado en «el otro». Está orientado hacia un «otro» que es contemplado sin defectos o, al menos, en su mejor imagen. De hecho, el sentimiento es compatible muchas veces con una buena dosis de egocentrismo.

El sentimiento, fácil y agradable, puede dar un empujón inicial al amor para ponerlo en marcha; pero no es el amor. Cuando ese impulso acaba, el amor tiene que seguir solo. Es fácil *sentirse* enamorado; permanecer en el amor es mucho más difícil.

Las primeras impresiones del sentimiento no permiten ver bien los defectos en la otra persona. Quedan difuminados entre multitud de virtudes. El amor auténtico debe verlos, o al menos ser consciente de que existen y a la larga aparecerán. Como es evidente, el amor auténtico debe amar al otro con sus defectos: quererle como realmente es. Y esto no es fácil[36].

Una declaración del tipo «Te amo con tal de que no tengas defectos» no es una verdadera afirmación de amor. Es como decir: «Te amaré con tal de que no seas una persona real...»; el amor que esté dispuesto tan solo a amar a una persona inexistente, no es tal. De otro modo: «Te amaré con tal de que no tengas defectos» es como afirmar: «Te amaré con tal de que no tenga que esforzarme para amarte». Eso es puro egoísmo, y poco más.

AÑADIR CONDICIONES AL AMOR

Cualesquiera condiciones que se desee agregar al amor (de modo especial su no permanencia definitiva, su revocabilidad) son señal de que el egocentrismo está presente. «Te amaré hasta tal o cual fecha; y siempre que no encuentre, antes de esa fecha, a nadie que me atraiga más», suena a trato comercial, no a amor.

Si se contempla el matrimonio como una máquina de fabricar satisfacción, en cuanto no la produzca habrá que sustituirla. Pero, cuando un coche se estropea, ¿tenía un defecto de fábrica o ha sido víctima de la falta de pericia del conductor? Podemos incluso preguntarnos cuánto tiempo durará otro coche en las manos del mismo conductor si este no aprende a conducir correctamente.

Hay que *aprender* a amar. Este aprendizaje requiere tiempo, y puede resultar incluso más dura mientras más se progresa. Pero si se persevera, se aprende. A fin de cuentas, es así como enfocamos otros aspectos importantes de la vida: un negocio o una profesión, por ejemplo. La gran mayoría de las personas están convencidas de que, para salir adelante como médico o abogado, es preciso estudiar durante años y, después de sacar un título, hay que seguir formándose. Incluso entonces, tal vez no se logra el éxito profesional esperado. Resulta curioso que esas mismas personas esperen el triunfo fácil en el matrimonio.

La felicidad exige esfuerzo. El matrimonio exige esfuerzo. Cuando una persona, ante las dificultades, permite el pensamiento: «Conseguiré un divorcio, y me casaré de nuevo,

porque así seré más feliz», olvida que la felicidad es consecuencia de la entrega: «Mayor felicidad hay en dar que en recibir» (*Hech 20:35*). La felicidad no es posible ni dentro del matrimonio, ni fuera de él, para quien está empeñado en recibir más de lo que da.

La indisolubilidad forma parte del plan de Dios para quienes fácilmente se darían por vencidos[37]: para quienes se cansan de las exigencias del amor y de la fidelidad, y dejan paso a la tentación de abandonar la lucha. Dios les dice que no, que deben seguir con esa tarea. Dios es árbitro del gran juego de la felicidad. No es un juego fácil; pero si se juega según las reglas, siempre puede ganarse. Una de las principales normas del juego es la indisolubilidad: no se abandona la partida, aun cuando se haga dura; quien abandona, pierde.

Repito: *no existe* un camino fácil hacia la felicidad.

LOS CELOS

Cierto elemento celoso corresponde a la vida matrimonial[38]. Ya que los esposos se pertenecen, una actitud posesiva del uno hacia el otro es bastante lógica. Sin embargo, esa posesividad natural puede fácilmente llevar a sospechas infundadas que, si no se controlan, pueden arruinar un matrimonio bueno (recuérdese *Othello*). Hay que rechazarlas. Hacer de «detective» para descubrir si algo pasa realmente, tiende a minar todavía más lo que quede de confianza y de amor.

Pero ¿y si realmente ha habido infidelidad? La infidelidad ajena puede curarse con el perdón, y con el empeño en restaurar el amor. El esposo inocente se sentirá herido, por supuesto. Su orgullo sangra. Si se deja llevar por él, todo se echa a perder.

No basta perdonar; hay que restaurar el amor, y mirar la conducta reciente que uno ha tenido hacia el otro. ¿He estado suficientemente afectuoso? Perdonar es la única manera de restaurar un amor dañado.

HACER REVIVIR EL AMOR

El instinto conyugal que impulsa al matrimonio, y que hace esforzarse para que este sea feliz, tiende también al esfuerzo de sanarlo cuando está herido o de rehacerlo cuando está roto.

«Yo ya no amo a mi marido (a mi mujer); mi amor hacia él (o hacia ella) ha desaparecido...». Puedes volver a encontrar ese amor que ha desaparecido; pero, para esto tienes que aprender a perdonar. Si hubieses perdonado antes (y quizás también si hubieses pedido perdón), tu amor no habría muerto. El amor conyugal no fallece a causa de las riñas, sino por no saber repararlas. Lo que mata el amor es la incapacidad de perdonar y de pedir perdón. Las disputas, aunque sean grandes, no destruyen el amor: pueden incluso cimentarlo. Pero si no se solucionan, aunque sean pequeñas, poco a poco van envenenando la vida matrimonial y pueden llegar a hacerla intolerable.

El amor ha muerto... ¿Qué valor tenía para ti en el pasado? ¿Qué hiciste para protegerlo? Y, de modo especial, ¿cuánto estás dispuesto a dar ahora, para devolverle la vida? Puede mantenerse el amor, pero no sin sacrificio. Puede devolverse el amor a la vida, pero no sin renuncia.

«Pero... no me interesa lo más mínimo hacer revivir ese amor. Mi matrimonio fue un fracaso, y mi marido (o mi mujer) me trae totalmente sin cuidado». Probablemente eso no es verdad. El amor matrimonial es un tesoro demasiado grande como para que se pierda sin experimentar un pesar. Hay que reactualizar ese instinto conyugal que te llevó a casarte, e intentar hacerlo revivir en su pureza, idealismo y generosidad.

El instinto conyugal, a fin de cuentas, no es egoísta, y son pocas las personas que se casan por puro egoísmo. El matrimonio debe ser edificado sobre la generosidad que está presente en ese instinto: la ilusión de ser un buen marido o una buena esposa, que aprenda a amar al otro tal como es, con sus defectos; el deseo generoso de superar el orgullo, pasar por alto las ofensas, perdonar, olvidar... No es cristiano, ni siquiera humano, pensar que la vida está gobernada por el instinto de vengarse.

En cierta ocasión, visité el Gran Cañón del Colorado. Entre los recuerdos que conservo, hay uno que no tiene que ver con el grandioso espectáculo en el que se han plasmado millones de años. Una madre gastaba en vano su paciencia intentando calmar a su hijo de tres o cuatro años. Sea cual fuere la causa, el crío explotó contra ella: «¡Yo a ti te odio!». El autobús quedó de pronto sumido en una cierta consternación, breve. Lo disipó la madre con su respuesta inmediata: «¡Y yo a ti te AMO!».

Se dirá que así es la naturaleza humana, que forma parte del instinto maternal reaccionar así. De acuerdo; y también forma parte del instinto conyugal desear ser fiel, a pesar de los pesares: reaccionar con amor hacia la otra parte, aun cuando haga algo ofensivo u odioso.

Quien responde al desprecio o al odio con el amor, *vence*. El amor es siempre el arma secreta, el instrumento más potente, porque comparte el poder de Dios.

Puede ser útil identificar las buenas características que los amigos atribuyen al cónyuge, su lado bueno, sus virtudes. En momentos de crisis, no debo preguntar a *mis* amigos lo que piensan de mi cónyuge, sino a los *suyos*: de él o de ella.

¿UNIONES SIN SENTIDO?

¿Y si parece que a la otra persona no le queda ya *ninguna* virtud? ¿Qué hacer si el marido es un alcohólico o tiene una enfermedad psíquica? No es verdad que la Iglesia, cuando dice *no* al divorcio incluso en estos casos, esté condenando al otro a una vida infeliz. Tales personas no serán desgraciadas, aun cuando tengan que sufrir, si procuran sobrellevar su situación, en estrecha unión con Jesucristo. Evidentemente hay que hacer una ulterior precisión. Si la mujer, por ejemplo, cree que ya no es capaz de convivir con un marido borracho que la maltrata físicamente, puede concederse la separación.

La Iglesia no niega ese derecho. Lo que afirma es: puedes separarte, pero quedas

todavía vinculada. Mejor, y en último análisis, es el Señor quien se dirige a esa persona: *Puedes separarte de tu marido o de tu mujer; pero no te separes de Mí. Quizá piensas que ya no es posible ser feliz con tu cónyuge; pero puedes ser feliz conmigo. Sé fiel a lo que Yo te pido. Procura administrar bien el talento de fidelidad que Yo te he entregado. Tu recompensa será grande.* Aquí no hay una condena a la infelicidad, sino una llamada especial a la santidad.

[35] Si un hombre y una mujer viviesen siempre «felizmente» en el matrimonio, sin haber tenido jamás que dedicar un auténtico esfuerzo, probablemente su matrimonio, incluso feliz (y pienso que se trataría de una felicidad mediocre), no habría logrado uno de sus objetivos: madurarles como personas.

[36] Incluso amar a Dios, que no tiene defectos, es difícil; porque aunque Él no los tenga, *nosotros* sí. Resulta difícil salir de sí mismo y entregarse, que es lo que el amor implica. Aunque el Otro sea perfecto. Cuando no lo es, como pasa en las relaciones humanas, es más difícil aún.

[37] Si *sentirse* siempre enamorado formara parte de la naturaleza humana, la ley de la indisolubilidad no haría falta... En ese sentido, se puede decir que la ley está destinada precisamente para quienes ya no *sienten* el amor.

[38] Santo Tomás de Aquino comenta: «La envidia del esposo en cuanto a su esposa, y de la esposa en cuanto a su esposo, es natural; porque se encuentra en todos» (*Suppl.* q. 65, art. 1).

6. DIVORCIO: LOS HIJOS

El carácter indisoluble del vínculo no sirve tan solo para proteger el amor de los esposos; está encaminado también a proteger el amor *para los hijos*: a impedir que el ambiente de amor que les hace falta para su desarrollo y felicidad se vea hecho añicos por la debilidad, el egoísmo o la falta de reflexión por parte de los esposos.

Que los hijos tienen derecho a la fidelidad de sus padres es una verdad que se recuerda con frecuencia; y que el divorcio hace infelices a los hijos es un hecho evidente. Ahora bien, me parece que existe todavía otra perspectiva desde la que se puede contemplar el divorcio.

No basta que el esposo o la esposa que está pensando en un posible divorcio, sopesa *su* derecho a la felicidad *contra* el derecho de los hijos. Se engaña en su corazón el padre o la madre que se hace ese planteamiento. Ahí, en su corazón, deberá contemplar y sopesar *juntas* su propia felicidad y la de sus hijos, porque no es posible separarlas. La felicidad de los hijos (la más fácil felicidad a la que ellos tienen derecho) y la de los padres (la felicidad más exigente que los padres deberían estar dispuestos a vivir) están tan estrechamente entrelazadas, que la una no puede sobrevivir sin la otra.

Veámoslo con un ejemplo. Una persona casada se ha enamorado de una tercera persona, y se ha desenamorado de su esposo o esposa... Está pensando en el divorcio, y querría justificar esa posibilidad en base a *su* derecho a la felicidad. Puede ser, sin duda, que esta persona esté pensando egoístamente; lo que más nos interesa señalar aquí es que no lo está haciendo claramente. El derecho a la felicidad de esa persona no quedará satisfecho por un divorcio, pues dañará realidades esenciales para ser feliz. Al destruir la felicidad de sus hijos, minará también su propia felicidad.

UN CORAZÓN DIVIDIDO EN TORNO A LA FELICIDAD

Por una parte, «Yo no podré ser feliz si tengo que seguir viviendo con mi marido o con mi mujer» (o «No seré feliz salvo que pueda vivir con X, de quien ahora me siento enamorado»)... Y por otra parte: «Pero sin el amor de mis hijos, tampoco seré feliz...».

Puede ir discurrendo: «Podré divorciarme y sin embargo tener a mis hijos todavía conmigo, al menos parte del tiempo», o «Podré divorciarme, y continuar amando a mis hijos»...

Aquí se pierde el contacto con la realidad: «Aunque me divorcie, seguiré amando a mis hijos como antes; y ellos me seguirán amando también como antes». Con el divorcio, las cosas jamás podrán ser como antes.

Si los esposos no han tenido hijos, quedan menos defensas contra la tentación que presenta el divorcio como la salida fácil. Pero desde que una persona casada ha llegado a ser *padre o madre*, no existe una salida fácil.

Muy especialmente en el matrimonio con hijos, la tentación del divorcio pone a prueba todas las cualidades y recursos que posee el padre o la madre. Algunas personas salen victoriosas de la lucha; otras, derrotadas. Muchos de esos fracasos, con su secuela de tristeza, se habrían quizá evitado de haberse logrado que las personas pensasen mejor lo que estaba en juego.

Lo que está en juego es la felicidad de *todas* las personas implicadas. Y las fuerzas son fundamentalmente dos. Una ataca el matrimonio: «No aguanto ya a mi marido o a mi mujer. No puedo soportarlo». A la vez, hay una tensión que pugna a favor del matrimonio, a favor del hogar del que *yo* soy el padre o la madre, a favor de *mis* hijos: «No puedo abandonarlos. No puedo destruir su amor».

Dos fuerzas que se combaten; dos voces empeñadas en hacerse oír, y en acallar a la contraria. Una es la voz del cansancio: «Estoy harto». Es la voz de la auto-compasión, de la derrota. La otra, la de la generosidad y la de la lealtad: «No pienses tan solo en ti; piensa también en los demás. Y sigue luchando». ¿Cuál vencerá?

El cansancio tiene sus argumentos. «¡Si es mejor para los hijos que nos separemos! Así ya no quedarán expuestos a estas riñas continuas, que tanto les perjudican». El error de este argumento es que no presenta todas las alternativas. Es *malo* que los hijos estén expuestos a las disputas entre sus padres. Eso es verdad. Pero el divorcio de sus padres es *peor* para ellos.

TODO EL AMOR QUE MIS HIJOS NECESITAN

Si la persona que está pensando en el divorcio es capaz aún de razonar rectamente, se dará cuenta de que el divorcio puede resultar más fácil para *mí*, pero nunca puede ser mejor para mis hijos.

«Pero eso es imposible. Con este hombre, con esta mujer, es imposible. Sus andanzas me ponen frenético. No, que no; no podemos convivir con un mínimo de armonía externa».

¿Que no podéis mantener la convivencia? Depende de lo motivado que estés. Podéis intentarlo, por amor a vuestros hijos.

«Que no, que no. No lo puedo hacer» (y entonces viene otro *argumento*): «Y, de todos modos, sí amo a mis hijos. Aunque esté divorciado, les daré todo el amor que les daba antes..., todo el que necesitan...».

¿No te das cuenta de que el amor que precisan no es el amor de su padre o el de su madre de forma aislada? No necesitan de tu amor tan solo; necesitan del amor de él o de ella también. El amor que necesitan es *el amor de sus padres*: vuestros dos amores *juntos*, vuestro amor unido.

Tu propio corazón quiere que te enfrentes con esta verdad: *nuestros* hijos necesitan de

nuestro amor, y tienen derecho a él. Si todavía dudas, pregúntales a *ellos*: si prefieren el amor de su padre tan solo, o el amor de su madre tan solo; si prefieren dos amores aislados, o dos amores juntos.

A pesar de todo, algunos padres no solo no se dan cuenta de estas realidades, sino que incluso piensan que será fácil responder a la necesidad de afecto de los hijos. «¿Que mis hijos necesitan del amor de un padre o de una madre, además del mío? Pues, bien, lo pueden tener. Esta otra persona, con quien me casaré en cuanto haya conseguido mi libertad, será para ellos un nuevo padre o una nueva madre formidable: muchísimo mejor, de hecho, que ese cónyuge insensible a quien he tenido que aguantar durante estos años»[39].

No se dan cuenta de que, para sus hijos, esto nunca podrá ser así. Ese tercer elemento puede caer bien a los hijos; o no. Pueden llegar a ser buenos amigos; o no. Lo que nunca pueden llegar a ser es su padre o su madre. Por insensible o intolerante que pueda resultar el propio cónyuge, *es* su padre o su madre, a pesar de sus defectos.

«Pero usted no sabe de sus borracheras, y de cómo trata a los chicos cuando está así. ¿Cómo puede ser bueno esto para ellos?». No lo es. Pero un divorcio será peor. Tú, con tu fidelidad, les harás un bien mucho más grande que todo el mal que él puede hacerles con sus borracheras. Con tu infidelidad, en cambio, les harías mucho más daño.

LECCIONES PARA LOS HIJOS

No basta con que los padres abracen y besen a sus hijos; o que les compren regalos, les den de comer y les paguen la escuela. Los padres han de *enseñarles*, prepararles para la vida. Tú puedes enseñar a los tuyos maravillosamente aguantando a ese marido o a esa mujer intolerable. Puedes enseñarles por medio de tus fracasos, porque algunos desastres habrá. Con tal de que comiences de nuevo, seguirás ayudándoles. En esas circunstancias tan difíciles, serás un maravilloso padre o madre, y les estarás enseñando dos lecciones de máxima importancia para la vida:

— que existen realidades sagradas, y que el matrimonio para siempre, hasta la muerte, se cuenta entre ellas;

— que el matrimonio es una unión de dos personas corrientes, llenas de defectos. Los matrimonios no duran porque los cónyuges se complementen perfectamente; duran porque ambos se empeñan y aprenden a entenderse.

No puede exagerarse lo importante que es, para quien se aproxima a la edad adulta y contempla su posible matrimonio, que pueda decir: «El matrimonio de mis padres ha durado. Se han mantenido unidos. Y no porque les resultara siempre fácil, como si formaran la pareja ideal. ¡Ni hablar! Han tenido sus defectos (los hijos lo hemos sabido bien: los enfados de mamá, las intransigencias de papá...). Y sin embargo han sido fieles: y pienso que es principalmente por lealtad hacia nosotros, y porque rezaron.

Discusiones y peleas tuvieron; pero se mantuvieron fieles».

Estos hechos afianzan y fortalecen al adolescente. Luego, no querrá ser menos bueno que sus padres; y sabrá que esto no es fácil. Dará más de una vuelta al matrimonio que ahora se le presenta como posible. El amor a este chico..., a esta chica...: ¿durará entre nosotros? Y cuando oye cierta voz por dentro —«¿Es que importa tanto? Si no va, siempre podrás buscar la salida fácil»—, es más probable que conteste, como algo que le sale naturalmente del corazón y de la voluntad: «Pero es que no quiero la salida fácil. Mis padres no la quisieron; o al menos no la escogieron. Yo quiero un matrimonio que funcione. Quiero un amor que dure. Conozco a bastantes personas, y no es que sean mucho más viejas que yo, que han adoptado la solución fácil. ¡Y en que lío más infeliz se ha convertido su vida! No es eso lo que quiero yo».

[39] Esta idea, lejos de ser un argumento a favor del divorcio, señala uno de sus peores efectos. Puede ser que una mujer ya no ame a su marido, y crea amar a otro hombre. Pero solo un extremo de egoísmo o ceguera puede llevar a pensar que sus hijos le seguirán en este cambio de afectos.

7. AMOR CONYUGAL Y CONTRACEPCIÓN

La Iglesia Católica siempre ha considerado la contracepción como intrínsecamente inmoral y un grave pecado contra la castidad matrimonial[40]. El fin de este capítulo es mostrar por qué la contracepción desnatura el acto conyugal de tal manera que, lejos de unir a los esposos y expresar y confirmar de una manera singular el amor entre ellos, tiende a minar este amor. Por su misma naturaleza es un impedimento principal a todo crecimiento en el amor y en la felicidad conyugales.

En los años 60 la contracepción se discutía en términos de la ética matrimonial. Sus defensores insistían en el derecho a una vida sexual matrimonial según la voluntad de los cónyuges, sin presión alguna desde fuera. Hoy ha cambiado radicalmente el contexto. El uso de anticonceptivos ya no se presenta como un derecho personal de los casados, sino como un deber social y universal. Porque si el matrimonio está en declive, el sexo está en aumento. La revolución sexual de los años sesenta ha conseguido un éxito total. Hemos logrado la liberación sexual en una escala universal: «Sexo para todos». El sexo, de cualquier forma y con cualquier persona, se ha convertido en una actividad principal de la sociedad de consumo y bienestar.

No todo es perfecto, sin embargo, en este nuevo Edén. Surgen peligros colaterales (embarazo, sida...), y en este contexto los contraceptivos se presentan como más necesarios que nunca. Al ser imprescindibles, habrá que proporcionarlos. Y, naturalmente, los intereses comerciales se ocupan de ello; pero ahora con una nueva agenda. Cuando a un producto popular de consumo le acompañan peligros, harán falta medidas para reducir los peligros y hacer el artículo seguro para el mercado... Es más: con tal de que la actividad sexual sea «segura», ¿por qué no alentar a todo el mundo a participar en ella?

Sin ahondar en tales reflexiones —que indican hasta qué punto las relaciones entre los sexos se van quedando vacías de sentido— nos limitaremos a mostrar que una relación conyugal contraceptiva es no solo anti-procreativa (algo obvio), sino también anti-unitiva, entre los esposos; y ni siquiera es propiamente un acto sexual, dentro de cualquier comprensión humana de la sexualidad.

El acto marital tiene dos funciones: una biológica o procreativa, y otra espiritual-unitiva. Pero —aquí comienza el argumento de quienes defienden la contracepción conyugal—, mientras este acto solo en potencia es procreativo, es, de hecho y en sí, un acto de amor: expresa el amor conyugal y une a los esposos. Ahora bien —prosigue la tesis—, aunque la contracepción frustra la potencialidad biológica o procreativa del acto conyugal, respeta su función espiritual y unitiva, e incluso la facilita, al eliminar tensiones que tienden a mermar la expresión física del amor conyugal. En otras palabras,

esta tesis defiende que, mientras la contracepción anula el aspecto procreativo del trato sexual-conyugal, deja intacta su función unitiva.

Hasta hace poco, el núcleo del argumento moral cristiano contra el control de natalidad ha sido que, estando el acto sexual naturalmente ordenado hacia la procreación, frustrar esta ordenación es ir contra la naturaleza y, por tanto, obrar ilícitamente. Ahora bien, ante esta línea de argumentación, sin más precisiones, cabe responder que, de hecho, frustramos otras funciones naturales —por ejemplo, cuando ponemos tapones en los oídos, para no oír ruidos— y la doctrina moral nunca ha defendido su ilicitud. ¿Por que entonces ha de ser malo impedir, por motivos adecuados, el aspecto procreativo de la relación marital?

Los defensores de la contracepción rechazan este argumento tradicional como mero «biologismo», que considera el acto conyugal solo en su función biológica y desatiende su función espiritual —la unión de los esposos—. Creen sostener una posición positiva y fuerte, formulada además en términos aparentemente personalistas. Pienso en cambio que, siguiendo un argumento verdaderamente personalista, cimentado en una comprensión auténtica del sexo y del matrimonio, puede demostrarse que su tesis es radicalmente defectuosa.

Su agumento —que el aspecto procreativo y el aspecto unitivo del acto conyugal son *separables*; i.e. que el primero se puede anular sin vaciar la capacidad del acto de expresar la unión singular de los esposos— es explícitamente rechazado por la Iglesia. La razón principal por la que la contracepción es moralmente inaceptable es, tal como Pablo VI la expresa en la *Humanae Vitae*, la «conexión *inseparable*, establecida por Dios... entre la significación unitiva y la significación procreativa que están ambas inherentes en el acto conyugal» (HV 12).

Pablo VI afirmó esta conexión inseparable; pero no se detuvo a desarrollar *por qué*. Una serena reflexión madurada por los años, nos descubre la razón: la conexión es tal que la destrucción de su referencia procreativa necesariamente destruye la unitiva. En otras palabras, si se destruye de modo deliberado el poder del acto conyugal de dar vida, forzosamente se destruye su poder de significar el amor: el amor y la unión propios del matrimonio. Veámoslo.

EL ACTO CONYUGAL COMO ACTO DE UNIÓN

¿Por que se considera el acto conyugal como *el* acto de auto-donación, como la expresión más distintiva del amor marital? ¿Por qué se ve en este acto un acto de *unión*? A fin de cuentas, los enamorados expresan su amor y sus anhelos de unión de muchas maneras: mirándose, escribiéndose cartas, intercambiando regalos, paseando cogidos de la mano... ¿Qué es lo que da su *singularidad* al acto sexual? ¿Por qué este acto une tanto a los esposos? ¿Por qué no es solo una experiencia física sino una experiencia de *amor*?

¿Es quizá el placer especial que lo acompaña? No. Al acto conyugal puede acompañar placer, o no. Pero el sentido del acto no consiste en el placer. Este puede ser intenso,

pero es transeúnte. La *significación* del acto conyugal también es intensa, pero no es transeúnte; permanece.

¿Por qué ha de ser más significativo ese acto, que cualquier otra manifestación de cariño entre los esposos? Por lo que *ocurre* en este encuentro, que no es un sencillo contacto, ni una mera sensación, sino una *comunicación*, una oferta y una aceptación, un intercambio de algo que representa de un modo totalmente singular el don de la persona y la unión de dos personas.

El deseo de donarse recíprocamente, de unirse, queda, en lo humano, en un nivel puramente intencional. Cada esposo puede y debe *vincularse* al otro. Pero no puede realmente *darse* a sí mismo al otro. La máxima expresión de su deseo de darse a *sí mismo* es dar la *semilla* de uno mismo[41]. La entrega de la propia semilla es mucho más significativa, mucho más real que la entrega del corazón. Decir: «Soy tuyo, te doy mi corazón, tómalo», puede ser mera poesía. En cambio, «Soy tuyo; te doy mi semilla; tómala», no es mera poesía; es amor. Es el amor conyugal encarnado en una singular acción física por la que se expresa la intimidad —«te doy lo que no doy a nadie»—, y se alcanza la unión: «Unido a ti, a lo que tú me vas a dar, a tu semilla, se convertirá en un nuevo «tú-y-yo», fruto de nuestro mutuo conocimiento y amor». Esta es la mayor aproximación que se puede lograr a la recíproca autodonación conyugal, lográndose así la unión de los esposos.

Por tanto, no se participa en una sensación, sino en un *poder*: un poder físico y sexual, que es extraordinario por estar orientado a la creatividad, a la vida. En una auténtica relación conyugal, cada esposo dice al otro: «Yo te acepto como no acepto a nadie más. Tú eres único para mí, y yo para ti. Tú, y tú solo, eres mi marido; tú y solo tú eres mi mujer. Y la prueba de tu singularidad para mí es el hecho de que contigo —y solo contigo— quiero participar en este poder divino».

En esto consiste la cualidad singular de la cópula conyugal. Cualquier otra manifestación de afecto no va más allá del gesto, de símbolo de la unión. Pero el acto conyugal no es símbolo, en él hay un intercambio *real*: entrega y aceptación plenas de la masculinidad y feminidad conyugales. Y queda, como testimonio de su relación y de la intimidad de su unión, la semilla del marido en el cuerpo de la mujer[42].

Ahora bien, si se anula intencionadamente la orientación a la vida, *se destruye su poder intrínseco de significar la unión*. Se transforma el acto en un tipo de *auto-decepción* o en una *sencilla mentira*: «Te amo tanto que contigo, y contigo solo, estoy dispuesto a participar en este singularísimo poder...». Pero, ¿de *qué* poder singular se trata? En un acto contraceptivo, no se participa de ningún poder, salvo el de producir placer. La singularidad se reduce al placer: su significación ha desaparecido.

El trato sexual contraceptivo es un ejercicio carente de auténtico sentido humano. Como quien pretendiese cantar una canción sin permitir que ningún sonido pase por sus labios.

Los «dúos» solían ser muy populares en el cine. Dos amantes, cantando juntos al estilo-ópera, expresaban su amor mutuo. Poco sentido tendrían si cantasen en silencio, sin dejar que sus cuerdas vocales produjesen sonidos inteligibles, salvo agitaciones que

no *dicen* nada. La contracepción está en esa línea. Los esposos se entretienen así en movimientos corporales, empleando un «lenguaje del cuerpo» que no es verdaderamente humano[43]. No permiten que sus cuerpos se comuniquen de un modo sexual e inteligible. Pretenden cantar una canción... pero no hay *canción*.

La contracepción no es tan solo una acción sin sentido; es una acción que *contradice* el sentido esencial del verdadero trato sexual marital[44]. En vez de aceptarse en su totalidad, los esposos se rechazan en parte, porque la fertilidad es parte de cada uno de ellos. Rechazan parte de su amor mutuo: su capacidad de tener fruto...

En la unión marital auténtica, el marido y la mujer deben experimentar la vibración de la vitalidad humana en sus mismas fuentes[45]. En el caso de una «unión» contraceptiva, los esposos experimentan una sensación, pero esta queda vaciada de una vitalidad real.

El efecto anti-vida de la contracepción no se limita a rechazar el posible fruto del amor. Tiende a vaciar de vida al amor mismo. Es la dura lógica de la contracepción. Lo que es «anti-vida» se convierte en «anti-amor». El efecto desvitalizador de la contracepción asola al amor, amenazándolo de envejecimiento y muerte prematura.

AMOR SEXUAL: CONOCIMIENTO SEXUAL

Si el acto conyugal es un acto de auto-donación mutua y exclusiva es porque consiste en el don y la aceptación de algo único. Ahora bien, este algo no es *solamente* la semilla (sostener tal tesis fácilmente llevaría a un tipo de «biologismo»), sino la *plenitud de la sexualidad* de cada cónyuge.

Dios creó al hombre en una dualidad —varón y hembra— capaz a su vez de convertirse en una trinidad. Las diferencias entre los sexos hablan por tanto de un plan divino de complementariedad, de auto-consumación, de auto-realización, también a través de la auto-perpetuación.

No está bien para el hombre estar solo, porque el hombre, solo, es incapaz de realizarse; necesita de los otros. Necesita de modo especial del otro: de un compañero, de una esposa o de un esposo. La unión con el esposo —unión conyugal en la mutua autodonación— es condición ordinaria del desarrollo humano y de la realización personal.

El matrimonio, por tanto, es un medio de auto-realización en la unión. El marido y la mujer se unen en el conocimiento y en el amor mutuos, en un amor que no es solamente espiritual sino también corporal; y un conocimiento, en la base de su amor, que no es conocimiento meramente intelectual, sino también corporal. El amor conyugal de los esposos también debe estar fundamentado sobre el conocimiento *carnal*, esto es algo totalmente humano y lógico. ¡Que expresividad la de la Biblia cuando, al referirse al trato sexual, dice que el marido y la mujer «se conocieron»! Adán *conoció* a Eva, dice el Génesis. ¿Qué comentario podemos hacer a este modo de referirse la Biblia al trato conyugal como una forma de conocimiento mutuo?

¿Cual es el *conocimiento* peculiar que el marido y la mujer se comunican? Cada uno

«descubre» un íntimo secreto en el otro: el secreto de su humana y personal sexualidad. Cada uno queda revelado al otro como esposo y llega a conocerle en su singularidad. Cada uno se deja conocer por el otro, y se entrega al otro, precisamente como marido o mujer.

Nada hay tan capaz de minar un matrimonio como la resistencia a conocer y aceptar al esposo plenamente, o a dejarse conocer plenamente por él[46]. Esto puede ocurrir tanto en el nivel físico como en el espiritual.

A veces *hay* algo que cada uno no quiere conocer, con lo que no quiere enfrentarse; y ese algo es la sexualidad en todas sus dimensiones. Como resultado, ya que no están dispuestos a permitirse un pleno conocimiento carnal mutuo, *no se conocen*, ni como seres sexuales, ni como seres humanos, ni como esposos. Esto somete su amor conyugal a una tensión existencial tremenda.

En el verdadero trato sexual-marital cada esposo renuncia a cualquier actitud de auto-posesión, para *poseer plenamente* al otro y *ser plenamente poseído* por él. Esta plenitud se alcanza solamente en un acto abierto a la vida.

Por tanto, la negación que caracteriza a los esposos quienes practican la contracepción no se dirige tan solo hacia los hijos, ni tan solo hacia la vida, ni tan solo hacia el mundo. La negación va dirigida por parte de cada uno hacia el otro. «Te quiero, pero te quiero estéril...», vale lo mismo que decir, «No quiero todo lo que me puedes ofrecer. He calculado la medida de mi amor, y no es lo suficientemente grande como para eso; no es capaz de tomarte a ti entero. Yo prefiero un “tú” encogido, reducido a la medida de mi amor...». El hecho de que ambos esposos puedan estar de acuerdo en aceptar una versión rebajada del otro no salva su amor —o sus posibilidades de llegar a una auténtica felicidad— de los efectos de tan radical devaluación humana y sexual.

El trato sexual normal entre cónyuges afirma plenamente la masculinidad y la femineidad. El hombre se afirma como hombre y esposo, y la mujer se afirma como mujer y esposa. En el trato contraceptivo, solo se afirma una sexualidad mermada. Estrictamente hablando, no se afirma la sexualidad en absoluto. La contracepción constituye una negativa tal a dejarse conocer que en ningún sentido representa un verdadero conocimiento carnal.

El verdadero trato conyugal sexual une. La contracepción separa; y la separación opera a todos los niveles. No solo separa el sexo de la procreación; separa el sexo del amor. Separa el placer del sentido, y el cuerpo del espíritu. A la larga e inexorablemente, separa a la mujer del marido y al marido de la mujer.

Los matrimonios que emplean contraceptivos, si se paran a reflexionar, se darán cuenta de que su vida conyugal padece un íntimo malestar. Las alienaciones que experimentan son señal y consecuencia de la grave violación del orden moral que implica la contracepción. Por eso, la doctrina de la *Humanae Vitae*, tanto como el entero magisterio papal sobre el tema, lejos de mantenerse ciegamente en una posición superada, constituyen una defensa clarividente de la dignidad y de la verdadera significación de la sexualidad humana y conyugal.

SEXUALIDAD PROCREATIVA Y AUTO-REALIZACIÓN

Hemos comentado cómo una actitud anticonceptiva no es capaz de conseguir ningún fin personalista verdadero. Pero —cabe preguntarse— ¿se sigue de ahí que solo una sexualidad procreativa lleva a realizarse a los esposos? Creo que sí; la razón reside en la misma naturaleza del amor. El amor es creativo. El amor divino —si nos podemos expresar así— «empujó» a Dios a crear. El amor humano está hecho a imagen del de Dios y está hecho para crear. Si no lo hace —intencionadamente—, se frustra. El amor entre dos personas les lleva a querer actuar —a hacer cosas— juntos. Esto, que vale para la amistad en general, se aplica de modo singular al amor entre esposos. Una pareja que esta enamorada de verdad, quiere hacer cosas juntos; y si es posible, hacer algo «original». Y no hay nada más original para dos personas enamoradas que su hijo. Eso es por lo que «*la cosa*» marital es tener hijos; cualquier otro sustituto no satisface el amor conyugal.

Profundizando todavía más, el trato marital procreativo «realiza» porque da cauce al deseo humano de auto-perpetuación. Lo expresa y no lo contradice, tal como lo hace la contracepción. Es con anhelos de vida, y no de muerte, como el amor se alimenta y crece.

Cuando nace un hijo en un matrimonio normal, marido y mujer gozan al pasar el hijo el uno al otro. Si el niño muere, no hay gozo, hay lágrimas, mientras se pasan su cuerpo muerto. Los esposos deberían llorar un acto contraceptivo: un acto estéril y desolado que rechaza la vida encaminada precisamente a mantener vivo el amor, y que mataría la vida a la que su amor naturalmente anhela dar origen. Puede haber satisfacción física, pero no puede haber ningún gozo auténtico al pasar semilla muerta; o al pasar semilla viva tan solo para matarla.

La vitalidad de sensación en el acto sexual debe corresponder a una vitalidad de significación (teniendo en cuenta —como hemos dicho— que la sensación no constituye la significación). La misma explosión de placer que comporta el acto sugiere la grandeza de la creatividad sexual.

Hay un punto ulterior que no se debe pasar por alto. Es evidente que toda la cuestión que contemplamos está penetrada de una enorme complicación a causa precisamente de la fuerza del instinto sexual. Sin embargo, debemos comprender que la misma fuerza del instinto apunta hacia una comprensión adecuada de la sexualidad. Tradicionalmente se solía explicar el instinto sexual colocándolo dentro de un marco demográfico; así como tenemos un apetito para comer, para mantener la vida del individuo, tenemos un apetito sexual para mantener la vida de la especie. La explicación vale —hasta donde llega—. Pero se queda corto. Si el hombre y la mujer experimentan una profunda ansia de la unión sexual es también porque sienten —cada uno personalmente— un profundo anhelo de todo lo que implica la verdadera sexualidad: auto-donación, auto-complementariedad, auto-realización, auto-perpetuación.

Hay una continua y creciente frustración sexual, consecuencia principal de la

contracepción, pues la mentalidad contraceptiva priva el impulso sexual de su auténtico sentido, y pretende encontrar una plena satisfacción sexual en lo que apenas llega a constituir más que una descarga de tensión física.

ALGO MÁS ACERCA DEL MATRIMONIO SAME-SEX

El trato contraceptivo en un matrimonio heterosexual «contradice la verdad» del amor conyugal, falsificando el propio acto. Los actos homosexuales pueden aplacar el deseo físico; pero nunca pueden —ni remotamente— significar la autodonación de dos personas. Ni ellas pueden efectuar tal unión; las dos sencillamente no se hacen «una carne». Los actos homosexuales constituyen un ejercicio en el vacío. Se deja satisfecha la pasión de cada uno, pero ambos quedan tan separados como antes; nada en el acto las une.

Solo una cultura dualista, que rechaza cualquier conexión intrínseca y natural entre cuerpo y alma, desearía designar una relación homosexual con el título de matrimonio.

[40] Cf. *Casti Connubii* (1930), n. 56; *Humanae Vitae* (1968), nn. 12ss; *Catecismo de la Iglesia Católica* (1992), nn. 2366-2370; *Compendio* (2005), n. 498.

[41] Por *semilla* se quiere significar aquí el elemento procreativo tanto femenino como masculino.

[42] De esta manera la originalidad o la excepcionalidad de la decisión de casarse con una persona concreta queda de hecho reafirmada en cada acto conyugal. Por medio de todo y cada acto de verdadero trato sexual, cada esposo es *confirmado* en su condición singular de ser marido o mujer del otro.

[43] Como es sabido, «lenguaje del cuerpo» era una de las expresiones clave en los escritos de san Juan Pablo II sobre sexualidad y matrimonio.

[44] «La contracepción contradice la *verdad* del amor conyugal»: San Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, 32.

[45] Esto sigue siendo verdad incluso en el supuesto de que no puedan tener hijos. Su unión en tal caso trae su sentido más profundo del hecho de que tanto el acto como la intención están «abiertos a la vida», aun cuando no pueda dar origen a una vida nueva. Su apertura a la vida da sentido y dignidad al acto; de manera parecida a como es la ausencia de esta apertura la que mina la dignidad y el sentido del acto cuando los cónyuges —sin motivos graves— lo limitan a los períodos infértiles.

[46] Naturalmente no nos referimos a aquellas ocasiones en las que hay un secreto (profesional, natural, etc.) que —por justicia hacia un tercero— se *debe* guardar, sin que esto tenga que dañar a la unidad del matrimonio.

8. EL VALOR DE LOS HIJOS

Durante mis años en la Rota Romana tuve que ponderar miles de causas matrimoniales. Es frecuente que se pida la nulidad del matrimonio alegando que, en el momento de la boda, el consentimiento estaba viciado por la *exclusión* de uno de los tres *bienes* tradicionales del matrimonio: el *bonum fidei* (fidelidad a un solo cónyuge: singularidad de la unión), el *bonum sacramenti* (permanencia del vínculo: indisolubilidad de la unión), o el *bonum prolis* (la prole; fecundidad de la unión).

Como cada uno de estos tres bienes conlleva un aspecto de *obligación*, es lógico que los jueces eclesiásticos centren su atención en analizar si se ha aceptado o no la obligación correspondiente. No sabría decir, en cambio, hasta qué punto es bueno que otras personas consideren estos bienes en función de su obligatoriedad... pues la obligación se presenta normalmente como una carga, y todos tendemos a evitarlas.

No hablo de teorías. A bastantes cristianos —y entre ellos, muchos cuya misión es guiar a los demás— la hipótesis de que alguien excluya uno de estos *bona* ya no les sorprende, sino que incluso les parece razonable y natural.

LA EXCLUSIÓN NO ES NATURAL

La exclusión, sin embargo, es sorprendente, precisamente porque *no* es ni razonable ni natural: no es lógico rechazar las obligaciones que surgen al adquirir una cosa *buen*a. Si es suficientemente buena, compensará las cargas que lleve consigo. La compra de un coche, por ejemplo, supone un desembolso y ciertas responsabilidades; pero la gente ve en el automóvil algo *buen*o y considera que, a pesar de las cargas, quedan enriquecidos por su adquisición: o incluso por dos o tres coches, si sus recursos llegan a tanto.

Gran deuda tenemos con san Agustín quien primero describió los elementos esenciales del matrimonio como *bona*, o sea, como *cosas buenas*, como bienes. Y gran deuda tenemos también con san Juan Pablo II cuando habló de la indisolubilidad como de una realidad alegre que los cristianos debemos proclamar ante el mundo: «Es necesario reconfirmar la *buen*a nueva de la naturaleza definitiva del amor conyugal» (*Familiaris consortio*, n. 2).

DESEAR UN VÍNCULO EXCLUSIVO Y PERMANENTE ES NATURAL

Solo si se recupera este modo de pensar, se comprenderá que estos *bona* son

deseables, y que por eso es *natural* desearlos. Es natural, porque corresponde a la naturaleza del amor humano. El hombre encuentra algo profundamente bueno en la idea de un amor: *a)* del que él es el objeto singular y privilegiado; *b)* que puede poseer por toda la vida, y *c)* por medio del cual, haciéndose co-creador, puede perpetuarse a sí mismo (y, como veremos, perpetuar algo más que a sí mismo). Precisamente por causa de su bondad, lo natural no es temer estos bienes y excluirlos, sino buscarlos y abrazarlos.

Es natural desear una unión matrimonial exclusiva, permanente y fecunda. Es *anti-natural* excluir cualquiera de estos tres elementos. Hemos de recuperar esta verdad, porque entonces la bondad natural de los bienes del matrimonio nos inspirará y, a través de nosotros, se hará evidente a los demás.

Que la fidelidad sea algo *bueno* es obvio. «Tú eres *único* para mí» es la primera afirmación verdaderamente personalizada del amor conyugal, eco de las palabras que Dios dirige a cada hombre: «*Meus es tu!* ¡Eres mío!» (Is 43:1).

El *bien* de la indisolubilidad resulta también claro: poseer un hogar y un refugio estables; saber que el pertenecerse ha de durar toda la vida. La persona humana lo necesita, porque ha sido creada para ello; sabe que exigirá sacrificio, y siente que vale la pena. «No se puede quitar de la vida familiar el sacrificio; es más, se debe aceptar de corazón, a fin de que el amor conyugal se haga más profundo y sea fuente de gozo íntimo» (*Familiaris Consortio*, n. 34).

PRIVARSE DE UN BIEN

La mentalidad contraceptiva —que el propósito medicinal de la *Humanae vitae* puso dolorosamente en evidencia— es una enfermedad que puede resultar mortal para la sociedad. La discusión acerca de las *técnicas* concretas de la planificación familiar no pasa de ser un aspecto más del cuadro patológico. La verdadera enfermedad consiste en considerar la planificación familiar (en sentido reductivo) como algo bueno, cuando más bien es *privación* de algo bueno.

No me refiero aquí, evidentemente, a aquellos matrimonios que por razones económicas, de salud, etc., tienen necesidad de una planificación familiar natural (y recurren a ella con pesar). Me refiero a tantos que podrían tener una familia más grande. Prefieren tener menos bienes matrimoniales (concretamente el *bonum* de la prole), para poder disponer de más *bona materialia*. Pero estos no son capaces de mantener con vida un matrimonio, y en cambio los otros sí.

¿AUTO-AFIRMACIÓN? ¿AUTO-PERPETUACIÓN?

El auténtico trato sexual matrimonial es por su misma naturaleza una afirmación del *amor*. Afirma el mutuo amor y la mutua donación conyugal. El deseo de perpetuarse es

algo natural que de por sí posee un profundo valor. De todas formas, la conyugalidad lleva el instinto procreativo sexual más allá del deseo de perpetuarse a *sí mismo*. Ese deseo adquiere un nuevo sentido: no se trata ya de dos «yoes» inconexos, que buscan perpetuarse, quizá de un modo egoísta. Se trata más bien de dos enamorados que quieren perpetuar *el amor mutuo*, y experimentar el gozo de verlo encarnarse en una nueva vida.

Los verdaderos enamorados desean actuar en sintonía: diseñar, comprar, amueblar algo... juntos. Aquello será especialmente *suyo*, fruto de su decisión y acción conjunta. Nada —repetimos— hay más propio para una pareja casada que el hijo que engendran. El escultor procura labrar en piedra su inspiración. Los únicos que pueden crear obras *vivas* de arte son los esposos.

Por medio de los monumentos que construye, una sociedad evoca los grandes acontecimientos de su pasado, para mantener así su memoria viva. El amor conyugal también necesita tales monumentos. Cuando el primer impulso romántico parece extinguirse y los esposos sienten la tentación de pensar que el amor disminuye, cada hijo se convierte en un testimonio vivo de la entrega de los esposos.

AUSENCIAS PROGRAMADAS

Con bastante frecuencia llegan a la Rota peticiones de nulidad de matrimonios —evidentemente válidos— de personas que se casaron por amor, y cuya unión fracasó porque de mutuo acuerdo decidieron retrasar la llegada de los hijos.

Si dos personas quedan mirándose extáticamente a los ojos, los defectos que van a ir descubriendo pueden empezar a parecer intolerables. Si aprenden gradualmente a mirar más a sus hijos, descubrirán también aquellos otros defectos, pero tendrán menos tiempo y menos motivos para considerarlos intolerables.

Los hijos que no se engendran, esas *ausencias programadas*, convierten la vida conyugal en una realidad hueca, que acaba por desmoronarse. El amor que aspira a saciarse tan solo en la contemplación del otro, puede conducir al hartazgo. Para crecer, ha de poder contemplar, y ser contemplado por otros ojos[47].

El amor conyugal, por tanto, precisa del apoyo que constituyen los hijos[48]. «Los hijos son el don más excelente del matrimonio y contribuyen sobremanera al *bien de los propios padres*» (*Gaudium et spes*, n. 50). Y sin olvidar el bien de los hijos mismos. Insiste san Juan Pablo II a propósito: «es menos grave privar a los hijos de ciertas comodidades o ventajas materiales que denegarles la presencia de hermanos y hermanas que podrían ayudarles a crecer en humanidad y a darse cuenta de la belleza de la vida en toda su variedad y en todos sus momentos»[49].

EDUCACIÓN Y VALORES

Se oye comentar en ocasiones que la gente suele adoptar la planificación en la medida

en que mejora su nivel de educación. Vale la pena recordar las palabras del cardenal Newman, hace más de ciento cincuenta años, sobre la educación en sus tiempos. El hombre moderno —dijo— está instruido, pero no educado. Se le enseña a hacer cosas, y a pensar lo suficiente para hacerlas; pero no se le enseña a pensar más...[50]. Es decir, para ser educados de verdad, tenemos que pensar mejor y más a fondo.

Se trata, en definitiva, de saber ponderar valores y alternativas, bienes y opciones. Nadie puede hacerse con todos los bienes del mundo. Puede escogerse este bien o aquel otro; pero quizá no los dos a la vez. La elección sabia toma el bien *mejor*, y *sabe* que se ha enriquecido: esta elección denota un cierto nivel de educación. La elección menos acertada se queda con el bien inferior; y probablemente no sabe que le empobrece.

Un conocido mío africano, al enterarse de que el índice de fertilidad occidental era menor de 2, me comentó: «Los matrimonios occidentales han de ser *muy pobres* si no pueden permitirse más de dos hijos...». Hace algún tiempo, en Inglaterra, conocí a un matrimonio que deseaba tener hijos. Nació uno, pero luego vino un retraso no deseado de tres o cuatro años. Al final, la madre quedó de nuevo embarazada. El primogénito también estaba lleno de esperanzas, pero sobrevino un aborto espontáneo. El padre tuvo que decir al niño que no iba a llegar ese hermanito: «Mira; después de todo, mamá no va a tener ese niño, Dios no lo ha querido, es mejor así». Pero el chico no estaba dispuesto a resolver el asunto tan fácilmente: «¿Pero es que hay *algo mejor* que tener un hermano...?».

ORDEN DE VALORES

En muchos matrimonios occidentales, los esposos parecen ya no entender que los hijos son el fruto más personalizado de su propio amor conyugal, y el don más grande que se pueden intercambiar, siendo a la vez un don divino que Dios entrega a los dos.

«Pero... si tenemos un nuevo hijo, nuestros hijos y nosotros mismos estaremos en peores condiciones...». No me vais a decir que el nuevo hijo estará peor, a no ser que os queráis contar entre aquellos que dudan de si la vida misma es un bien o si, a fin de cuentas, la no-existencia puede ser preferible a la existencia.

«Pero, los otros hijos —los que ya tenemos— estarán peor...». ¿De verdad que lo estarán? Juan Pablo II sugiere que la respuesta, en el ámbito de los verdaderos valores humanos, es *no*.

«Pero nosotros mismos estaremos peor. La vida nos resultará más difícil...». Será preciso un mayor esfuerzo, sin duda (muchas gente realiza grandes esfuerzos para tener más bienes materiales); ¿pero seréis menos felices a consecuencia de vuestros esfuerzos?

En lo más íntimo de su corazón, muchos esposos sienten indudablemente que un hijo es un don bueno y grande. Lo que sucede es que han sido condicionados de modo que no tienen confianza en esa verdad. Necesitan que alguien les enseñe a recuperar esa confianza; y pienso que solamente los esposos que han escogido el «*bonum proliis*» —en la plenitud con la que Dios quiso bendecir su matrimonio— estarán en condiciones de

enseñarles.

Tantos matrimonios contemporáneos padecen una *auto-privación*, un empobrecimiento voluntario, como consecuencia del rechazo del don de la vida y de no aceptar la fecundidad del amor. No sería extraño que nuestra moderna y acomodada sociedad occidental pasara a la historia como «la sociedad *depauperada*», en que los ciudadanos —pueblos enteros— enfermaron mortalmente en un proceso que poco a poco vació sus vidas del sentido de los auténticos valores humanos.

[47] El amor entre esposos naturalmente infecundos —porque Dios no les ha dado hijos— debe también crecer; para hacerlo, necesita también entregarse a los demás.

[48] Uno o dos hijos, o, tal vez, cinco o seis. Solo Dios sabe la medida de apoyo que hace falta a cada matrimonio. De ahí deriva la absoluta necesidad de que los esposos, si han de resolver esta situación acertada y felizmente, la enfoquen en un profundo espíritu de oración.

[49] *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*. II, 2 (1979), p. 702.

[50] Cf. *On the Scope and Nature of University Education*, Discourse IV.

9. AMOR, FAMILIA Y SOCIEDAD

La sociedad occidental está seriamente enferma. No soy yo quien lo digo, sino Juan Pablo II. En su *Carta a las Familias* no tuvo reparo en afirmar: «Nuestra sociedad es una *sociedad enferma*, y está creando profundas distorsiones en el hombre» (n. 20).

Es ciertamente un diagnóstico fuerte y perturbador. Pero a la vez es positivo. Afirma que algo está mal, muy mal; pero enseña la manera de remediarlo. El optimismo de san Juan Pablo proviene de su profunda convicción de que el hombre está hecho para una «civilización de amor» (n. 13), aunque la actual sea «una civilización basada en producir y disfrutar; una civilización de las “cosas” y no de las “personas”; una civilización en la que las personas se usan como si fueran cosas»[\[51\]](#).

Las consecuencias de una civilización de uso, de una sociedad-consumidora, son claras. Cuando todo se convierte en objeto de uso, al llegar el momento en que algo ya no resulta útil, se desecha. Y si se resiste, hay que encontrar el modo de librarse de él. Una civilización de uso puede conducir a una «civilización de basura», de eliminación de todo lo no deseado (un hijo nonato, por ejemplo). Y así se abre a una «civilización del odio»[\[52\]](#).

Es concretamente el amor quien ha enfermado. No el amor de Dios —que nunca entra en crisis— sino *nuestro* amor, porque la verdadera salud humana solo puede estar presente en quienes saben amar; y en la actualidad se nos enseña cada vez menos a amar. Hay que repetirlo: lo único realmente importante en la vida es aprender a amar.

«Yo pongo hoy delante de ti la vida y el bien, la muerte y el mal... Escoge, pues» (Dt 30:19-20). Es esta la maravilla y el gravamen de nuestra existencia, que aparece tanto apasionante como temible, constantemente señalada por alternativas y preferencias. La vida no es más que una preparación para dos posibilidades: amar o ya no saber amar, dar o ya no poder dar, abrirse hacia los demás o quedarse encarcelado dentro del propio yo.

Desde siempre el egoísmo práctico y una empobrecida comprensión de la vida han sido siempre los obstáculos «normales» al amor. A pesar de ello, el amor siempre ha encontrado muchos apoyos naturales —ambientes, instituciones— para su desarrollo. La nueva patología es que estas mismas instituciones naturales, de las que destacan el matrimonio y la vida familiar, están en peligro.

La calidad y la experiencia de la vida familiar son esenciales si se quiere crear individuos sanos y una sociedad sana donde el bien está presente. Que la vida para cada persona y para la sociedad resulte buena o mala, positiva o negativa, rica en el amor o dominada por el egoísmo, depende fundamentalmente de la familia. En su *Carta a las Familias*, san Juan Pablo II enseña: «La familia se encuentra en el centro de la gran lucha entre el bien y el mal, entre la vida y la muerte, entre el amor y cuanto se opone al

amor. A la familia está confiado el cometido de luchar ante todo *para liberar las fuerzas del bien*». Cada núcleo familiar tiene que apropiarse de estas fuerzas para que «sea fuerte con la fuerza de Dios» (n. 23)[53].

Echemos una breve mirada a algunas de las maneras en las que el matrimonio y la familia pueden y deben ser escuela de vida y de amor, recordando que en la escuela de la familia, como en cualquier escuela, las asignaturas no se aprenden a no ser que se enseñen.

LA FAMILIA, ESCUELA DE AMOR PARA LOS HIJOS

Los hijos no quieren espontáneamente a sus padres o a sus hermanos o hermanas. Tienen que *aprender* a amar. Enamorarse es un fenómeno del adolescente o del adulto, no de la niñez. No es de modo espontáneo sino como respuesta a la dedicación, la paciencia, y el sacrificio de los demás, que los niños aprenden a amarlos.

Si el niño normalmente aprende a amar, es sobre todo porque ha sido *amado* dentro del ambiente de la familia. Santo Tomás enseña que nada mueve tanto a una persona a amar como el saberse amado (*Summa*, I-II, 26, art. 2). Los niños que son amados aprenderán a amar. La perseverante dedicación de sus padres —también con las «exigencias» del amor— les enseñará poco a poco que amar significa *dar*. Y, bajo el amor y guía de sus padres, los hijos aprenderán a amarse también entre sí.

Nada destruye la felicidad más que la pérdida de fe en el amor. *Yo soy demasiado egoísta para amar a los demás, o los demás son demasiado egoístas para amarme a mí. Yo no amo a nadie. Nadie me ama a mí. Yo no sé encontrar a nadie para amarle; por tanto los demás no son amables. Nadie me ama; por tanto, no soy amable.*

El escudo contra estos ataques es la experiencia de crecer en una familia. En él los hijos aprenden que hay un amor que no depende del mérito, ni se retira a causa de los defectos.

Si los padres son generosos, los hermanos aprenden a serlo entre sí, a comprender, a hacer las paces. Entonces, como afirma Juan Pablo II, la familia se convierte realmente en «la primera escuela de cómo ser humano»[54]: una escuela que prepara a los jóvenes para la vida, de una manera especial para la vida moderna, donde las personas se toleran cada vez menos, donde abundan los juicios negativos, donde los defectos ajenos llegan a ser obsesión y el saber perdonar una excepción.

La generosidad congrega a las personas en la unidad y la paz. El cálculo y la mezquindad producen división y hostilidad. Todo empieza en la familia. «En la vida familiar sana —dice Benedicto XVI— se experimentan algunos elementos esenciales de la paz: la justicia y el amor entre hermanos y hermanas, la función de la autoridad manifestada por los padres, el servicio afectuoso a los miembros más débiles, porque son pequeños, ancianos o están enfermos, la ayuda mutua en las necesidades de la vida, la disponibilidad para acoger al otro y, si fuera necesario, para perdonarlo» (*Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*, 2008, n. 3).

Si tantas familias hoy ya no son la escuela de amor que habrían de ser, es casi siempre porque los esposos, fundadores de la familia, no han construido bien sobre ese amor que les inspiró inicialmente a unirse. Los padres no comunicarán a sus hijos un amor incondicionado a no ser que ellos hayan procurado vivir ese mismo amor entre sí.

LA FAMILIA, ESCUELA DE AMOR PARA LOS ESPOSOS

Es con respecto a sus hijos que los padres deben ver más claramente que el amor es un desafío que llama a la generosidad y a la paciencia. La preocupación natural que tendrán por sus hijos debe confirmarles en la propia experiencia que enamorarse es fácil, mientras que mantenerse y crecer en el amor no lo es.

Hemos sugerido que los hijos no «se enamoran» espontáneamente de sus padres. Pero ayuda tener en cuenta que no habría hijos en absoluto si los padres no se hubiesen enamorado primero entre sí. Hay mucho de espontáneo en este proceso romántico de «enamorarse» que de sólo precede e inspira la decisión de un hombre y una mujer de casarse: suele caracterizarse por sentimiento y afectividad fáciles, donde se idealiza a la otra persona, viéndola casi sin defectos... Que «el amor es ciego», como reza el dicho popular, parece confirmar un curioso plan de la naturaleza: que el «romance», fuerte en sentimiento y débil en percepción, lleva a las personas a querer vincularse en el matrimonio.

Sin embargo, el amor conyugal no puede depender solo del romance o de los sentimientos. En su *Carta*, san Juan Pablo dice: «El amor es verdadero cuando crea el bien de las personas y de las comunidades, lo crea y lo *da* a los demás (...) el amor es exigente (...). Es necesario que los hombres de hoy descubran este amor exigente, porque en él está el fundamento verdaderamente sólido de la familia» (n. 14).

Si el amor humano en el matrimonio parece prometer tanta felicidad, solo un empeño serio de parte de los cónyuges realizará esta promesa. Juan Pablo insiste que «esta realización representa también un cometido y un reto. El cometido implica a los padres en la realización de su alianza originaria» (n. 7), siendo fieles al amor que mutuamente han empeñado en esa alianza. Con esto queda planteado un desafío a cada uno de ellos respecto al otro. Tanto depende de cuanto los esposos cristianos entiendan este desafío, y de la generosidad con la que respondan a él.

En su *Carta*, san Juan Pablo habla de «los peligros que incumben sobre el amor», y añade: «Piénsese ante todo en el egoísmo...» (n. 14). El egoísmo es enemigo del amor, egoísmo fomentado por el peor defecto que tenemos todos, el orgullo. Hay que resistir al egoísmo y al orgullo; si no, destruyen el amor, la unión y la felicidad; y ponen el alma en peligro mortal. La humildad es arma esencial para esta lucha: la humildad de pedir perdón constantemente a Dios por los pecados personales; y, en la vida conyugal, la humildad concreta de pedir perdón al otro cónyuge —aun cuando se piense que él o ella tiene la principal culpa—.

Los esposos han de amarse entre sí, afirma la Biblia (Cf. Ef 5:21-33). Es un mandato:

cada uno se preocupe más de dar al otro, que de recibir de él o de ella. Tal constante entrega de sí es el camino de Cristo, que se dio en la Cruz para cada uno de nosotros, a pesar de nuestro poco valor. También es, paradójicamente, el camino de la felicidad.

San Josemaría Escrivá también ayudaba a los esposos a darse cuenta de lo que esto implica, empleando una psicología sencilla pero aguda. Hablando con una pareja de casados, solía preguntar, tal vez comenzando por la esposa: «¿Amas a tu marido?». «¡Por supuesto!». «¿Le amas mucho?» —proseguía—. «¡Muchísimo!» —respondía la mujer—. «¿Y le amas con sus defectos?». Si se producía un momento de duda, solía añadir: «Porque si no, no le amas». Y luego preguntaba lo mismo al esposo.

Está muy claro. Si, al casarse, uno no está preparado para amar a la otra persona con sus defectos, no es, repetimos, una persona real con quien se quiere casar. Aprender a amar a alguien con sus defectos pertenece a la esencia del verdadero amor y de la verdadera lealtad. Y es siempre una tarea principal para los esposos. Respeto y aceptación mutuos —el respeto de cada uno para con el otro, defectos y todo— es la única actitud que puede mantener unida a una pareja, una familia, una sociedad.

ALIANZA, COMUNIÓN, HIJOS

San Juan Pablo II habla de otro reto dentro de la alianza de amor conyugal, con el que los esposos a veces tienen que enfrentarse juntos. Se relaciona con el posible fruto de su amor. «Los hijos que tienen, y aquí está el desafío, deben consolidar ese cumplimiento, enriqueciendo y profundizando la comunión conyugal del padre y la madre. Cuando esto no ocurre, debemos preguntarnos si el egoísmo que late incluso en el amor de un hombre y una mujer, como resultado de nuestra inclinación humana al mal, no puede ser más fuerte que ese mismo amor» (*Carta*, n. 7).

Más tarde, esto lo desarrolla, en el sentido de que cuando el amor no acepta los retos naturales que lo acompañan, se pone en peligro. Vuelve a mencionar el egoísmo como el primero entre «los peligros que enfrentan el amor». Sigue: «Aquí pensamos no solo en el egoísmo de los individuos sino también en el de las parejas» (n. 14). Insiste por tanto en el peligro para el amor conyugal representado no solo por el egoísmo recíproco entre marido y mujer, sino por el *egoísmo compartido* de los dos en relación a los hijos: el peligro de que los esposos se dejen llevar por una mentalidad calculadora en lo que se refiere al número de sus hijos. Los hijos son el fruto más propio del amor conyugal; y solo un amor pobre cae en el cálculo. La donación calculada, especialmente cuando se trata de dar la vida, rara vez expresa, o puede robustecer el amor verdadero. El amor, cuando es genuino, tiende a ser generoso, y la generosidad evita pensar en términos de cálculo.

Los padres de un familia numerosa habrán sin duda que esforzarse para mantener la paz entre sus hijos; pero tendrán una experiencia humana más llena que aquellos padres que se encuentran en la situación cada vez más difícil de intentar guardar paz entre ellos y un hijo único. Y aun cuando lograsen alguna forma de paz, no es probable que

constituya un sólido acuerdo asentado en el amor y en el sacrificio mutuos, sino una paz «tranquilizante», comprada a costa de ceder a los antojos del hijo.

«El egoísmo —comenta san Josemaría Escrivá—, en cualquiera de sus formas, se opone a ese amor de Dios que debe imperar en nuestra vida. Este es un punto fundamental, que hay que tener muy presente, a propósito del matrimonio y del número de hijos» (*Conversaciones*, 93). Hablaba con entusiasmo de la paternidad, viéndola como gracia y privilegio conferido por Dios, especialmente en el caso de la mujer. En Brasil, en 1974, así se dirigía a un gran número de personas casadas: «La maternidad es una cosa santa, y alegre, y buena, y noble, y bendita, y amada. ¡Madres, enhorabuena!»...[\[55\]](#) Repetía constantemente que «la maternidad embellece a la mujer».

VOCACIÓN DE SANTIDAD

San Juan Pablo, como todos sus predecesores, insiste que el matrimonio entre cristianos es un sacramento, y que marido y mujer han de apoyarse en la gracia sacramental para vivir el amor y la entrega propios de esposos y padres (cf. *Carta*, nn. 15, 16). San Josemaría solía presentar el matrimonio como elevado no solo al nivel de sacramento, sino al de *vocación*: una llamada personal a una forma de vida esencialmente orientada a la santidad. Para muchas personas este es el aspecto más revolucionario del mensaje del fundador del Opus Dei, capaz de comunicar a millones de parejas la convicción de Dios les *llama precisamente al matrimonio* y, al hacerlo, les llama a la santidad; que tienen la gran misión de hacer que su amor conyugal y su amor paternal sean a la vez expresiones y maneras de amar a Dios. Cuántos se han sentido hondamente impresionados al leer otro texto suyo: «¿Te ríes porque te digo que tienes “vocación matrimonial”? —Pues la tienes; así, vocación» (*Camino*, n. 27).

Familias santas; ahí está la gran necesidad de nuestros tiempos. Tales familias solo pueden ser formadas por parejas realmente empeñadas en ser santos. Solo en esas familias el bien será más fuerte que el mal y capaz de vencerlo. «Llevo casi cuarenta años —decía san Josemaría en 1968— predicando el sentido vocacional del matrimonio. ¡Qué ojos llenos de luz he visto más de una vez, cuando —creyendo, ellos y ellas, incompatibles en su vida la entrega a Dios y un amor humano noble y limpio— me oían decir que el matrimonio es un camino divino en la tierra!» (*Conversaciones*, 91).

«Los matrimonios tienen gracia de estado —la gracia del sacramento— para vivir todas las virtudes humanas y cristianas de la convivencia: la comprensión, el buen humor, la paciencia, el perdón, la delicadeza en el trato mutuo. Lo importante es que no se abandonen, que no dejen que les domine el nerviosismo, el orgullo o las manías personales. Para eso, el marido y la mujer deben crecer en vida interior y aprender de la Sagrada Familia a vivir con finura —por un motivo humano y sobrenatural a la vez— las virtudes del hogar cristiano. Repito: la gracia de Dios no les falta» (*Conversaciones*, 108). El principio teológico que «la gracia edifica sobre la naturaleza», vale de modo particular para las gracias sacramentales, también para las propias del matrimonio. Estas

gracias, para los esposos que recurren a ellas, activarán e impregnarán todas las expresiones genuinas del verdadero amor conyugal y familiar.

«El Sacramento del matrimonio —explicaba san Josemaría a un grupo de hombres casados— proporciona gracias espirituales, ayuda del cielo, para que el marido y la mujer puedan ser felices y traer hijos al mundo... Es bueno y santo que os queráis. (...) Procurad ser felices en el matrimonio. Si no lo sois, es porque no os da la gana. El Señor os da los medios... Cambiad, si tenéis que cambiar. Amad a vuestras esposas. Respetadlas. A vuestros hijos, dadles todo el tiempo que necesiten»[56].

La felicidad, también en el plano humano, es consecuencia de la dedicación y del olvido de sí. «Solo quien se olvida de sí, y se entrega a Dios y a los demás —también en el matrimonio—, puede ser dichoso en la tierra, con una felicidad que es preparación y anticipo del cielo» (*Es Cristo que Pasa*, n. 24). «El matrimonio exige mucho sacrificio; pero qué paz y qué consuelo proporciona. Y si no es así como funciona, entonces son esposos pobres que se han unido»[57]. La felicidad —también la que ofrece el matrimonio— no es posible sin generosidad y sacrificio, «tiene sus raíces en forma de Cruz» (cf. *Forja*, n. 28).

Ninguna catequesis o enseñanza en torno al matrimonio tenderá a renovar la vida conyugal si no refleja esta verdad básica. Como dice el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «Siguiendo a Cristo, renunciando a sí mismos, tomando sobre sí sus cruces (cf. Mt 8:34), los esposos podrán “comprender” (cf. Mt 19:11) el sentido original del matrimonio y vivirlo con la ayuda de Cristo. Esta gracia del matrimonio cristiano es un fruto de la Cruz de Cristo, fuente de toda la vida cristiana» (n. 1615).

MATRIMONIO, INSTITUCIÓN Y VOCACIÓN

«Es importante que los esposos adquieran sentido claro de la dignidad de su vocación, que sepan que han sido llamados por Dios a llegar al amor divino también a través del amor humano; que han sido elegidos, desde la eternidad, para cooperar con el poder creador de Dios en la procreación y después en la educación de los hijos» (*Conversaciones*, 93). Al referirse a la naturaleza indisoluble del vínculo matrimonial, san Josemaría siempre iba derecho a la esencia de la cuestión, presentando esta propiedad de todo verdadero matrimonio como algo que corresponde a las aspiraciones del amor humano y del anhelo de felicidad. «La indisolubilidad del matrimonio no es un capricho de la Iglesia, y ni siquiera una mera ley positiva eclesiástica: es de ley natural, de derecho divino, y responde perfectamente a nuestra naturaleza y al orden sobrenatural de la gracia. Por eso, en la inmensa mayoría de los casos, resulta condición indispensable de felicidad para los cónyuges, de seguridad también espiritual para los hijos» (ibid., 97). La indisolubilidad señala la permanencia de un vínculo de *amor*: de un amor fuerte y voluntario que hay que cuidar de modo que no solo sobreviva el pasar de los años sino que mejore, adquiriendo mayor fuerza y firmeza. «El amor de los cónyuges cristianos es como el vino, que se mejora con los años y gana valor... Es un tesoro espléndido, que el

Señor os ha querido conceder. Conservadlo bien»[58].

Conocer la bondad de Dios, abrirse a esa bondad, ponerse en condiciones para su posesión y eterno goce: en eso radica el destino último y el «bien» definitivo de cada persona. El bien de los esposos radica en ese combinar y desarrollar toda la capacidad de amar del marido y de la mujer. Las leyes —las leyes *malas*, tal como se han legislado hoy en tantas partes— pueden matar el amor, quitándole la vida. Ninguna ley puede devolverle la vida al amor, ni siquiera las leyes buenas, aunque estas sean necesarias y ciertamente ayuden. No es en los Parlamentos, ni en los Tribunales Supremos, ni en las Conferencias de las Naciones Unidas, donde se le devolverá la vida al amor; esto se puede lograr solo en el seno de las familias.

[51] El mismo párrafo destaca algunas de las mayores distorsiones que pueden darse en tal sociedad: «En el contexto de la civilización del uso, la mujer puede llegar a ser un objeto para el hombre, los hijos un obstáculo para los padres, la familia una institución que dificulta la libertad de sus miembros».

[52] La razón por la que nuestra relación con las personas es tanto más importante que nuestra relación con las cosas, es que se puede amar a las personas y ser amado por las personas, mientras no se puede tener un verdadero amor por las cosas, y mucho menos ser amado por ellas.

[53] «Contra la llamada cultura de la muerte, la familia constituye la sede de la cultura de la vida»: *Centesimus Annus*, n. 39.

[54] Cf. *Carta*, n. 15; La familia tiene el «papel de lugar primario de *humanización* de la persona y de la sociedad» (*Christifideles laici*, n. 40).

[55] *Registro Histórico del Fundador*, Roma, arch. 20, 770, p. 83.

[56] *Registro...* 20, 159, p. 108.

[57] *Registro...*, 20, 159, p. 108.

[58] *Registro...* 20, 770, p. 108.



© 2015 *by* CORMAC BURKE

© 2015 *by* EDICIONES RIALP, S. A.,
Alcalá 290. 28027 Madrid.

www.rialp.com

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es

ISBN (ebook): 978-84-321-4545-2

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portadilla	3
Índice	4
1. Sexualidad e identidad sexual	7
CADA SEXO, IMAGEN PARCIAL DE DIOS	8
LA SEXUALIDAD NO ES SOLO PARA EL MATRIMONIO	8
RELACIONES SEXUALMENTE CARACTERIZADAS	9
2. ¿Sexo antes del matrimonio?	17
LA AMISTAD	17
LA AMISTAD EN LA NIÑEZ Y EN LA ADOLESCENCIA	18
AMISTAD Y ATRACCIÓN SEXUAL	18
AMOR Y SEXO	19
ALGUNAS DISTINCIONES	19
ATRACCIÓN Y POSESIÓN	20
UNIÓN SEXUAL, ¿EXPRESIÓN NATURAL DEL AMOR SEXUAL?	21
MÁS SOBRE LA RELACIÓN ENTRE EL AMOR Y EL RESPETO	22
EL «DAR» EXCLUYE EL PRESTAR O EL PEDIR PRESTADO CASUALES	22
PARA DARSE, HAY QUE POSEERSE	23
COMPROMISOS «DE PRUEBA». MIEDO AL COMPROMISO	24
LA CONCUPISCENCIA	25
EL «PROYECTO FAMILIAR»	25
3. ¿Qué pasa si me caso?	28
¿A QUÉ SE COMPROMETEN QUIENES SE CASAN?	28
PERSONALISMO MATRIMONIAL	29
¿QUÉ QUIERE DIOS PARA LAS PERSONAS CASADAS?	29
CÓMO LA IGLESIA HA PRESENTADO LOS FINES DEL MATRIMONIO DADOS POR DIOS	30
EL «BIEN DE LOS ESPOSOS» COMO UN FIN DEL MATRIMONIO	31
INSTINTO SEXUAL: INSTINTO CONYUGAL	33
AMOR CONYUGAL Y DEFECTOS MARITALES	33
¿ES DIFÍCIL LOGRAR EL «BIEN DE LOS CÓNYUGES»?	34
MATRIMONIOS «UNISEXO»	35
4. ¿Por qué no funciona el matrimonio hoy?	37

¿PUEDE SER «NATURAL» QUE EL MATRIMONIO SALGA MAL?	37
LO QUE SOLO DIOS PUEDE DAR	37
¿QUÉ ES MÁS IMPORTANTE, DAR O RECIBIR?	38
LOS HIJOS COMO UNA OPCIÓN «EXTRA»	38
DEL AMOR CONYUGAL AL AMOR FAMILIAR	39
FELICIDAD Y CÁLCULO	39
EL PROYECTO MÁS GRANDE DEL AMOR: LOS HIJOS	41
TODO MATRIMONIO PASA POR UNA CRISIS	42
CÓMO PERSEVERAR EN EL AMOR	42
MEJORAR POR EL SACRIFICIO	43
EL MATRIMONIO NECESITA DEL SACRIFICIO	43
EL EGOÍSMO COMPARTIDO NO LLEVA A LA FELICIDAD	44
¿CUÁNDO SE ADQUIERE LA MADUREZ SUFICIENTE PARA FORMAR UNA FAMILIA?	44
¿QUIÉN ES EL EXPERTO EN LA PLANIFICACIÓN FAMILIAR?	44
¿EN QUÉ CONSISTE LA AUTO-REALIZACIÓN?	45
PRESIONES DICTATORIALES	45
5. Divorcio: los esposos	47
EL DIVORCIO ENGENDRA DIVORCIO	47
INDISOLUBILIDAD Y FELICIDAD	48
AÑADIR CONDICIONES AL AMOR	49
LOS CELOS	50
HACER REVIVIR EL AMOR	50
¿UNIONES SIN SENTIDO?	51
6. Divorcio: los hijos	53
UN CORAZÓN DIVIDIDO EN TORNO A LA FELICIDAD	53
TODO EL AMOR QUE MIS HIJOS NECESITAN	54
LECCIONES PARA LOS HIJOS	55
7. Amor conyugal y contracepción	57
EL ACTO CONYUGAL COMO ACTO DE UNIÓN	58
AMOR SEXUAL: CONOCIMIENTO SEXUAL	60
SEXUALIDAD PROCREATIVA Y AUTO-REALIZACIÓN	62
ALGO MÁS ACERCA DEL MATRIMONIO SAME-SEX	63
8. El valor de los hijos	64
LA EXCLUSIÓN NO ES NATURAL	64

DESEAR UN VÍNCULO EXCLUSIVO Y PERMANENTE ES NATURAL	64
PRIVARSE DE UN BIEN	65
¿AUTO-AFIRMACIÓN? ¿AUTO-PERPETUACIÓN?	65
AUSENCIAS PROGRAMADAS	66
EDUCACIÓN Y VALORES	66
ORDEN DE VALORES	67
9. Amor, familia y sociedad	69
LA FAMILIA, ESCUELA DE AMOR PARA LOS HIJOS	70
LA FAMILIA, ESCUELA DE AMOR PARA LOS ESPOSOS	71
ALIANZA, COMUNIÓN, HIJOS	72
VOCACIÓN DE SANTIDAD	73
MATRIMONIO, INSTITUCIÓN Y VOCACIÓN	74
Créditos	76